

EL SECTOR SO DE LA PLATAFORMA MONUMENTAL

CARMEN ARANEGUI GASCÓ - CARLOS CAÑETE JIMÉNEZ - IVÁN FUMADÓ ORTEGA - HICHAM HASSINI
NÚRIA TARRADELL - FONT - GUILLERMO TORTAJADA COMECHE

[1.1] CÉSAR LUIS DE MONTALBÁN Y LIXUS: EL DISCRETO ENCANTO DE LA HETERODOXIA. (C.C.J.)

Introducción

La historia de la arqueología, al igual que cualquier otro relato, se organiza frecuentemente alrededor de grandes figuras, bajo las cuales se asienta el olvido. Algunos puntos de la biografía de César Luis de Montalbán y Mazas podrían, sin duda, hacer de él un personaje destacado. El hecho de que fuese el primer encargado de la investigación arqueológica del Protectorado Español en Marruecos (1912-1956), en un contexto en buena parte bélico, es quizás el principal de estos rasgos. Sin embargo, cierta imagen de heterodoxia y amateurismo han hecho que buena parte de las escasas contribuciones que han recuperado su nombre ofreciesen una imagen negativa.

Un motivo por el que resulta de especial interés adentrarse aquí en la historia del personaje lo ofrece el hecho de que fuese el primero en iniciar el estudio del sector que, durante cinco años, ha concentrado la atención de este equipo de investigación. El recuerdo de su tarea permanece aún en la denominación ‘Cámaras Montalbán’ que identifica dicho espacio. Continuando la preocupación que, desde el comienzo de este proyecto, ha integrado la reflexión historiográfica como un elemento fundamental para el conocimiento del yacimiento (Aranegui, Tarradell-Font 2001, 15-33), el presente texto ofrece una aproximación a través de la figura de Montalbán. La integración de documentación inédita pero, también, la adopción de un enfoque teórico crítico aportan nuevas visiones no solo sobre este investigador sino, además, sobre el relato acerca de la investigación arqueológica en aquella primera mitad del XX.



1.1. Fig. 1. César Luis de Montalbán y Mazas.
Fuente: archivo Tarradell

De internalismos y externalismos

La imagen de extrañeza que frecuentemente ha rodeado a Montalbán se encuentra muchas veces relacionada con afirmaciones que lo han definido como una especie de amateur, carente de una formación metodológica sólida y con tendencia a la megalomanía y la heterodoxia. Resulta curioso observar como estos juicios *a posteriori* han incidido en las carencias de su investigación al mismo tiempo que silenciaban muchas de sus contribuciones. Desde el punto de vista de la historia de la arqueología este no es, ni mucho menos, un enfoque minoritario. En los últimos años se ha señalado la recurrencia de esta visión “internalista” cuyo objeto es “explicar el desarrollo de la arqueología a través de los nuevos descubrimientos y técnicas y de la evolución intelectual

de las ideas, analizando el proceso erudito de aceptación o rechazo de nuevas propuestas” (Díaz-Andreu 2002, 25). La disciplina se observa pues a través de las normas que le dan sentido, como un campo autónomo y neutro, sin reflexionar sobre sus condicionantes sociales. Siendo el enfoque usual dentro del género historiográfico, este suele relacionarse con una visión “presentista” que evalúa las aportaciones pasadas según su proximidad con los modelos y criterios más recientes con lo que, evidentemente, las anteriores quedan siempre teñidas de extravagancia y retraso (Moro Abadía 2006, 155-156). Uno de los efectos de la adopción de esta perspectiva progresiva sería la negación de las circunstancias particulares que en cada uno de los momentos han dado sentido a las diferentes interpretaciones por lo que, paradójicamente, la historia de la arqueología resultaría ahistórica. Esto no solo hace que las evaluaciones de la tradición de pensamiento precedente se encuentren modeladas por la consideración actual de la disciplina sino que, también, resulta en una negación de las conexiones que -como en todo proceso histórico- se dan entre la tarea del conocimiento y el contexto social, económico y político.

Frente a este enfoque se ha plateado en los últimos años la perspectiva llamada “externalista” que resalta el contexto de la elaboración del conocimiento, señalando la dimensión social, política e histórica de esta. Aunque, sin duda, este planteamiento ha integrado una reflexión más completa de nuestra actividad, se ha señalado que esta aproximación puede, a su vez, mantener posiciones deterministas o de un constructivismo extremo, por lo que se propone una actitud reflexiva permanente que se aleje de la dicotomía entre “internalismo” y “externalismo” (Moro Abadía cit., 297-308). El objetivo no sería por lo tanto decidir entre uno de estos enfoques sino mantener una postura interrogante sobre el papel de la disciplina que tenga en cuenta tanto los condicionantes sociales que le han dado sentido como las particulares adaptaciones que se han producido dentro de esta.

En esta dirección se ha señalado que, si bien la práctica científica, como cualquier actividad humana, resulta de la interacción de agentes sociales, las especificidades propias que dan sentido a estas relaciones establecen una forma particular de “ser social”. En arqueología, como en otras disciplinas, esta particularidad se establece a través de las disposiciones que dan sentido a la actividad científica –procedimientos de discusión y reconocimiento, de refutación o validación- y que generan unas formas de coerción social que le son propias (Bourdieu 1997, 203-219; Fernández Martínez 2006, 31). De ahí la necesidad del examen simultáneo de los contextos en

los que y desde los que se realiza la ciencia. Todo esto siendo conscientes de que la historicidad de los procesos nos muestra que cada paradigma debe ser analizado a partir de sus circunstancias concretas, puesto que cada uno actúa como una “visión del mundo” irreductible a los criterios de validación de un paradigma posterior, o incluso coetáneo (Kuhn 2006).

Es por todo esto por lo que la extravagancia de la figura y la obra de Montalbán desde este nuevo enfoque puede no solo interpretarse de una nueva forma sino, además, ofrecer una reflexión sobre el contexto que le rodeaba.

Inicios

Ciertamente, poco se sabe sobre los comienzos de este investigador. Su vida anterior a la incorporación oficial al Protectorado en Marruecos -a comienzos de los años veinte- desgraciadamente parece destinada al olvido. Solo encontramos algún artículo suyo publicado en la prensa del momento (Montalbán 1918), en el cual defendía semejanzas entre las escrituras amerindias y las ibéricas, de lo cual deducía un panorama de relaciones en la prehistoria de esos dos territorios. También en 1918 prologaba la obra *De Sevilla al Yucatán* de Mario Roso de Luna. Este libro se proponía como un relato de ficción a través de la mítica Atlántida, aunque Montalbán en su prólogo dejaba clara su convicción en la antigua existencia de dicho continente, lo que explicaría todas las conexiones culturales que defendía. Pero este texto también nos habla de que el interés sobre la figura de Montalbán ya era algo frecuente en su época. Una reseña sobre aquella obra recogida en la prensa (Carrère 1921) se dedicaba casi por completo a debatir los datos biográficos que se desprendían de las primeras páginas de aquel libro, con el objeto de evaluar la imagen de investigador aventurero que el propio Montalbán daba de sí mismo en el ambiente intelectual del Madrid'. Según aquella nota del editor, su vida hasta la fecha habría transcurrido a lo largo de múltiples viajes por América, Asia y África, con el objeto de investigar las conexiones culturales que confirman el pasado legendario que defendía. El autor de aquella nota, sin embargo, fue probablemente el propio Roso de Luna, miembro del Ateneo de Madrid, frecuente en los ambientes intelectuales y que destacaba tanto por sus estudios etnográficos y astronómicos –descubrió el cometa que lleva su nombre- como por su defensa de acercamientos esotéricos al estudio del pasado y su papel de principal introductor de las teorías teosóficas de H. P. Blavatsky en España. El ‘Mago de Logrosán’ como también se conocía a Roso de Luna, que según Caro Baroja “creía en la teo-

sofía a pies juntillas” (Cortijo 1994), quizás sirva como ejemplo de las conexiones entre el positivismo y el esoterismo en aquel ambiente intelectual de principios de siglo. Esto no solo resulta del hecho de que el nombre del propio Roso de Luna figurase tanto en los volúmenes del Boletín de la Real Academia de la Historia como en los números de revistas ocultistas. -Encontramos otros ejemplos de autores que simultáneamente ofrecían estudios de raíz positivista (Rittwagen 1913) y esotérica (Rittwagen 1914-). Esto frecuentemente iba asociado con una imagen de aventura y grandes descubrimientos. No debemos olvidar que Leo Frobenius, uno de los etnógrafos alemanes de mayor renombre aún hoy día y fundador del Instituto de Morfología Cultural, afirmaba por aquellos años haber descubierto el lugar de la legendaria Atlántida en sus viajes por los territorios del Golfo de Guinea (New York Times 1911; Frobenius 1911).

Obviamente, no existen datos suficientes como para confirmar que Montalbán fuese efectivamente el viajero que manifestaba ser. Sin embargo parece cierto que en el ambiente intelectual de la época su figura tuvo la trascendencia suficiente como para asegurarle el papel de primer investigador en el nuevo escenario colonial del Protectorado.

En Marruecos

Ya se ha comentado el proceso paralelo que llevó al desarrollo de una legislación patrimonial tanto en la Península como en el Protectorado a principios del s. XX (Parodi 2009). Aquella primera etapa vería el nacimiento por Real Decreto en 1916 de la primera Junta para el estudio de la historia y la geografía de Marruecos (BRAH 1916) que luego sería completado con su reflejo en la legislación del intervenido gobierno marroquí (BRAH 1919), constituyéndose en 1919 la Junta Superior de Monumentos Históricos y Artísticos de Marruecos, de la cual Montalbán fue nombrado asesor técnico (Gozalbes Cravioto 2003, 137).

La arqueología no fue un caso excepcional en la relación de las prácticas científicas con la implantación colonial. En concreto destaca el impulso al conocimiento geográfico y cartográfico del territorio no solo como elemento de utilidad para la acción militar sino también como dispositivo elemental de administración social (Villanova 2002). El conocimiento del espacio se completaba con misiones científicas destinadas al estudio naturalista de las cuales algunas aparecían más directamente relacionadas con el utilitarismo de la colonización como en el caso de los reconocimientos geológicos y

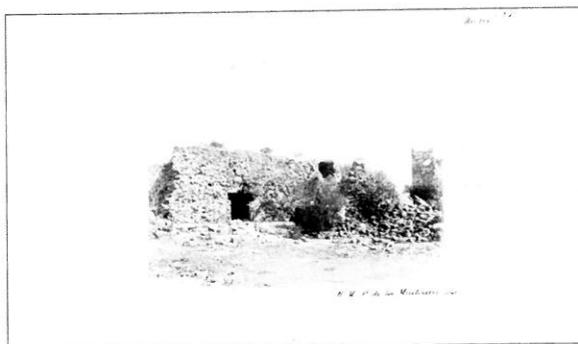
mineros, mientras que otras vinculadas con sociedades de estudio se planteaban dentro del esquema de ‘neutralidad’ científica que indirectamente formó parte de la acción colonial (López García 1988 y 2004; González Bueno 2004). En paralelo encontramos las ciencias dedicadas al estudio de la humanidad. Dentro de este grupo puede situarse el conjunto de disciplinas y prácticas sanitarias que, a pesar de que su aplicación aparecía justificada por la universalización de la asistencia, resultaron en muchos casos en la imposición de diferencias a través de barreras higienistas (Molero Mesa *et al.* 2002). Esta oscilación constante entre la asimilación y la segregación la encontramos en los trabajos desde la etnografía o la antropología. En estos casos la práctica frecuentemente relacionada con el trabajo aficionado de militares o administradores civiles resultaba en la aplicación de las usuales categorías que marcaban la diferencia entre el elemento cultural araboislámico y un fondo autóctono bereber. Esta dicotomía heredera de los planteamientos antropológicos de la colonización francesa, enlazaba étnicamente lo bereber con las comunidades europeas con el objeto de mostrar las posibilidades de una práctica colonial asimilacionista (Mateo Dieste 2002; Provansal 2002).

Dentro de este contexto se insertan de forma bastante tímida aquellos primeros pasos en la institucionalización de la arqueología colonial española en el Marruecos. Los primeros trabajos de Montalbán en este sentido serían especialmente fructíferos pues en sus primeros años llevó a cabo la identificación y reconocimiento de un buen número de yacimientos arqueológicos. Entre ellos destaca el nombre de la antigua ciudad de Tamuda (Montalbán 1930), pero también otros de cronología más reciente como el palacio rural del visir Ahmad al-Riffi del s. XVIII o las mazmorras de Tetuán (Gozalbes Cravioto 2005, 231-233), escenario del cautiverio cristiano durante muchos siglos, que el propio Montalbán se encargó de limpiar y explorar y que, además, fueron objeto de una de sus escasas publicaciones (Montalbán 1929). La tarea de reconocimiento del terreno le llevaría a la elaboración de la primera carta arqueológica a escala 1/500.000 del Norte de Marruecos, que incluía todos los yacimientos identificados hasta la fecha entre el paleolítico y la época romana, lo cual resultaba bastante excepcional incluso para el territorio peninsular (Montalbán 1933). Paralelamente establecería el primer museo arqueológico de la zona, cuya colección fue constituyéndose a partir de los hallazgos de sus excavaciones. Las deficientes instalaciones de esta primera sede fueron motivo de comentarios en la época y de constantes reclamaciones por parte de Montalbán para la adecuación de las mismas².

Paralelamente a estas tareas desarrollará unas más puramente institucionales. Realizó un viaje de estudio por Rabat y Volúbilis en el mes de julio de 1926, tras el cual emitió un informe dirigido al Presidente de la Junta de Monumentos y que, aún así, no dejaba de ofrecer como un relato personal con tintes exotistas (Montalbán 1926). El relato, sin embargo, no solo incluye referencias al paisaje y a los tipos humanos al estilo exotista, también resalta aspectos estratégicos –descripción de zonas pacificadas-. También se describen las instalaciones del Instituto de Altos Estudios Marroquíes, que se toman como ejemplo para el desarrollo de una infraestructura similar en la zona española –como en el caso de la sala de cerámica marroquí-. El final lo compone el comentario de la jornada en Volúbilis acompañado de Chatelain, encargado por entonces de la excavación del yacimiento. Como se manifiesta en el mismo informe, el viaje estuvo motivado por una invitación a las autoridades españolas desde el Instituto Francés en respuesta al ofrecimiento de la Junta Española para la visita a las, por entonces, recientes excavaciones en Lixus.

Lixus

La identificación de la colonia del Chumis con la histórica Lixus se debe al viajero alemán Barth (1849), el cual ya comentaba las dificultades que la vegetación imponía a la exploración del sitio. Algunos años más tarde, Tissot, ministro francés en Tánger, realizaría un estudio más detallado del yacimiento. Uno de los primeros comentarios lo ofrece en un texto que describe el itinerario de Tánger a Rabat. Allí comentaba la primera visita al sitio entre los días 28 y 31 de enero de 1874 que le llevaría al comentario de algunos de sus elementos como en el caso de la muralla ciclópea. También interpretaría el espacio al pie de la ladera S como el puerto de la ciudad. Aprovechó incluso para realizar el primer análisis paleogeográfico del estuario con ayuda del doctor Bleicher, interpretando el sitio de Reqqada como la isla descrita por Plinio en la que se hallaba el altar de Hércules (Tissot 1876, 21-34). Muy poco después desarrollaría estos apuntes en su obra sobre la Mauritania Tingitana acompañándolos de dibujos (Tissot 1877, 67-85). Tras él, Teodoro de Cuevas, cónsul español en Larache, incluyó algunos comentarios sobre el sitio en su estudio histórico de la zona. En él comentaba brevemente la existencia de estructuras tanto púnicas como romanas, algunos muros que conservaban una elevación considerable y el testimonio de sótanos que interpreta como silos o cisternas (Cuevas 1884, 434-436). Por último,



1.1. Fig. 2. Ruines de Tchemich. Colline de Lixus”, La Martinière (1887).
Fuente: gallica.bnf.fr

Henri de La Martinière, bajo el patrocinio del Ministerio de Instrucción Pública francés, llevaría a cabo una serie de visitas al yacimiento y a efectuar una serie de excavaciones en 1889. Entre la documentación de aquellos trabajos de reconocimiento encontramos las primeras fotografías conservadas del sitio (La Martinière 1887), con varias vistas del estuario tomadas desde la cima de la colina y una imagen que parece corresponder al conjunto mejor conservado, denominado “El Heri”(fig. 2) que, hoy día, se interpreta como una construcción de época moderna. En cuanto a las excavaciones realizadas por el francés, parece que iban dirigidas a confirmar las hipótesis apuntadas por Tissot. Realizaría pues un reconocimiento de la zona de Reqqada y excavaciones en el área del Chumis, donde, junto al muro ciclópeo, comenta la existencia de un nivel de sótanos (La Martinière 1890; 1919, 320-329).

Sabemos muy poco sobre los trabajos de Montalbán en Lixus. Los informes manuscritos que para otros yacimientos completan el silencio de sus publicaciones, para el caso de este yacimiento parece que se han perdido irremediamente. En algún momento en el Museo Arqueológico de Tetuán debió guardarse una copia de una memoria de título *Estudios y excavaciones realizadas en la ciudad de Lixus*, en la que Montalbán presentaba sus trabajos (Quintero Atauri 1941, 30). Según se comenta (Belén *et al.* 1996, nota 7), esta memoria aún pudo ser consultada allí por Manuel Fernández Miranda, aunque esto parece difícil si tenemos en cuenta que Tarradell hacia el año 1960, tras más de una década a cargo de dicha institución, no conocía su existencia (Tarradell 1960, 139). Lo que parece claro es que entre la documentación que actualmente se guarda en dicha institución no se encuentra esta memoria. Lo único que permanece son una serie de láminas preparatorias de los



1.1. Fig. 3. Una de las láminas de materiales de Lixus preparadas por Montalbán. (Museo Arqueológico de Tetuán)

materiales hallados en sus excavaciones. El hecho de que cada objeto aparezca identificado con una cifra y que estos aparezcan ordenados por tipos parece indicar que Montalbán, pese a lo comentado en alguna ocasión, sí que realizó un inventario de los materiales –lo que, por otro lado, también realizó en Tamuda, según puede verse en su memoria de sus trabajos-

Una de las láminas (fig. 3) aparece sellada con la fecha del 15 de septiembre de 1924, lo que sitúa estos materiales como el resultado de sus primeras intervenciones en el yacimiento, que probablemente comenzaron en 1923 y que se prolongarían de forma intermitente hasta 1936. Curiosamente, uno de los objetos incluidos en esas láminas es una pieza en piedra gris muy porosa representando a un animal –conservada en el Museo de Tetuán- que guarda un enorme parecido material y formal con una figura hallada en el transcurso de nuestra campaña del 2006. Esto podría indicar que estas láminas de Montalbán pertenecen a su excavación en el sector de las ‘Cámaras’, lo que situaría a esta zona como una de las que exploró en primer término. A lo largo de los más de diez años que dedicó al sitio, también realizó trabajos en diferentes partes del llamado barrio de los templos, la zona de la considerada como basílica pagana, así como en la factoría de salazones (Aranegui, Tarradell-Font cit., 18), a lo que habría que añadir la limpieza de la cara exterior de gran parte de la muralla O.

Afortunadamente se conserva otro documento de interés relacionado con los trabajos de Montalbán en

Lixus. En la Biblioteca Nacional Española todavía se encuentra la memoria mecanografiada en la que el investigador recogía los resultados del reconocimiento aéreo de la zona efectuado en 1929. Lo que ahora puede parecer un hecho normal entonces era, según parece, el primer ejemplo de vuelo aéreo con fines exclusivamente arqueológicos de la investigación española (Sánchez Pardo, Fumadó Ortega 2006). El objetivo del viaje fue el reconocimiento y documentación fotográfica del estuario del río Lucus. Aparte de la información obtenida sobre la colina del Chumis o la desembocadura del río a la altura de Larache, la motivación principal sería la confirmación de las hipótesis que Montalbán sostenía sobre la localización de la que llamaba “Isla mencionada por Plinio”. El camino se había iniciado con otros trabajos de reconocimiento del terreno, remontando el río con una embarcación y a pie, en los cuales el investigador había localizado cerca del poblado de Kehanha -en la confluencia del Lucus con su afluente el Mehacen- un terreno elevado que no sufría las frecuentes inundaciones que afectan al estuario. En el informe de sus trabajos (Montalbán 1929b), expone sus ideas sobre la paleotopografía de la zona que le hace pensar que pudo, en su momento, ser una isla. A esto añade la localización de unos grandes muros que los habitantes próximos identificaban con un “palacio portugués”. Sin embargo, la opinión del arqueólogo se desplaza hacia otra interpretación, considerando estos muros -que reproduce en un croquis- como los restos de una edificación prerromana. Ahora bien,



1.1. Fig. 4. Vista de la colina del Chumis. Repertorio fotográfico del vuelo aéreo de Montalbán.

Montalbán no deja de lado otro suceso importante. Para esto recurrirá a los comentarios de León el Africano, Mármol y Bernardo de Aldrete que hablan de la isla “Gezira” en la que los portugueses construyeron la fortaleza llamada “La Graciosa” durante su enfrentamiento con el rey de Fez en el año 1479. Ante tal multiplicación de islas, el investigador opta por una solución salomónica, e identifica ambas –la Gezira y la de Plinio- con el mismo espacio que, a su vez, coincidiría con el lugar por él localizado. Es necesario añadir que el desarrollo de los argumentos sobre estas identificaciones es a veces confuso, enlazándose las afirmaciones sobre la antigüedad con otras de momentos posteriores. Sin embargo, parece que el hilo se corresponde en primer lugar con la identificación del terreno descrito con la Isla Gezira, en la que los portugueses señalaban la existencia de una ciudad antigua previa a la construcción de “La Graciosa”. Esta ciudad coincidiría con el espacio del que hablaba Plinio y que alojaba un templo y un ara dedicados a Hércules. El último paso sería la asimilación de esta última con el mítico Jardín de las Hespérides, escenario de los esfuerzos del héroe por conseguir las preciadas manzanas. A esto se añadirían otras referencias que buscan afirmar la localización del Jardín como, por ejemplo, la presencia de corderos de lana rubia a la manera de los vellones de oro de la antigüedad. Pero es el análisis paleotopográfico de la zona lo que sostendría el peso mayor de la identificación. Montalbán plantea una imagen del estuario en época antigua previa a la sedimentación que generó los actuales meandros, con lo que la desembocadura por entonces se situaría mucho más al interior y por lo tanto coincidiría con los 200 pasos que, según las fuentes,

separaban la mítica isla de la salida al mar del Lucus. Todo esto se desarrolla gráficamente en la cartografía que acompaña a su estudio, que también contiene las fotografías que se tomaron durante el vuelo de reconocimiento (Montalbán 1929c). Finalmente, deja en suspenso la identificación definitiva, señalando la necesidad de una intervención de campo para la confirmación de su hipótesis, que realizará años más tarde aunque, probablemente, frustrando sus esperanzas pues sus excavaciones solo le llevaron a localizar una fortificación que identifica como La Graciosa (Montalbán 1940).

Para completar nuestra visión de los trabajos de Montalbán en Lixus contamos con la correspondencia que entre éste y Tomás García Figueras, interventor regional, que se conserva en el Museo de Tetuán. La mayor parte corresponde a las notas manuscritas enviadas por Montalbán en las que no figura la fecha, pero las respuesta de García Figueras escritas a máquina señalan que el intercambio de ese conjunto de cartas se produjo entre los años 1936 y el 1937. En las cuartillas de Montalbán aparecen continuos comentarios acerca de sus dificultades económicas o sobre las monedas que clasificaba por encargo del militar. En ellas también habla de los informes sobre los diferentes periodos de Lixus que envía a su interlocutor, comentando algunos hallazgos: Dama de Lixus en bronce, torso de Apolo, pierna de Venus, así como “piedra y mármol artificial”. Son interesantes también los comentarios acerca de los capítulos dedicados a la “Edad del Cobre, Bronce y Hierro” de la memoria que remite a García Figueras que, según él, mostrarán “la influencia de España en estas civilizaciones y lo que hay en Lixus de ellas. Con esto tendrán los interventores unas noticias que no se encuentran en ningún libro”. El interventor en sus respuestas le felicita por la marcha de los trabajos y le comenta que serán “de gran utilidad para nuestros Servicios Interventores”.

Resultan interesantes estas referencias a las conexiones culturales peninsulares y norteafricanas. Un año más tarde Montalbán escribía un informe sobre sus prospecciones en la cabila de Sumata próxima a Larache en la que comentaba: “Hoy constituye un axioma que Túnez, Argelia, Marruecos y la Península Ibérica, constituyan desde los más remotos tiempos una unidad de cultura y sus respectivas civilizaciones se mezclaron y se influenciaron entre sí por su contacto constante” (Montalbán 1938, 6). Tras esto establece reiterados paralelos entre las sociedades peninsulares y norteafricanas con respecto a la organización familiar, rituales de paso o derecho consuetudinario, con lo que dibuja un panorama de identidad étnica entre ambas orillas del Estrecho. Como ya vimos,

esta perspectiva asimilacionista era un referente de los estudios antropológicos en la zona, que resultaba muy útil para el despliegue de la acción colonial. Pocos años antes, en 1935, la Comisión Histórica de las Campañas de Marruecos había editado el primer volumen de una obra de título *Acción de España en África* en el que se desarrollaba la idea del vínculo cultural entre iberos, guanches y bereberes recurriendo a la idea de una primitiva unión del Estrecho de Gibraltar y defendiendo la existencia de la Atlántida.

Mitos

La visión de un vínculo cultural entre las comunidades peninsulares y norteafricanas no era, ni mucho menos, una idea minoritaria por aquel entonces. El paradigma africanista era el modelo mayoritario –incluso exclusivo– para la explicación de los fenómenos culturales peninsulares (Fernández Martínez 2001; Felipe 2004). Este esquema era seguido tanto por los prehistoriadores a través de la secuencia del Capsiense y el Iberomauritano como por autores más cercanos a los periodos históricos. En aquellos años –y aún mucho más tarde– Adolf Schulten convertía la africanidad de los iberos en el eje fundamental de su esquema etnográfico de la Península (Schulten 1920, 1959 y 2004), siguiendo en buena parte un esquema planteado por Pierre Paris (Wulff 2004a). Más aún, también hacía referencia al mítico continente de la Atlántida a la hora de desarrollar su explicación de Tartesos (Schulten 1924). Los mismos años también vieron la obra de Pedro Bosch Gimpera quien también situaría el origen africano como el argumento central de la formación de las culturas peninsulares (Bosch Gimpera 1928 y 1932). Es precisamente en aquella época cuando José Ortega y Gasset escribió unos comentarios acerca de la recientemente publicada obra sobre Tartesos de Schulten en la que señalaba:

“No podría yo determinar el valor de la obra de Schulten, ni es ello tampoco urgente para la intención que me ha movido a comentarla. Me interesa, sobre todo, como síntoma de la actual sensibilidad europea, que mientras en la superficie parece muy preocupada por la liquidación de la guerra, en su fondo secreto se dispone a aparejar hacia Atlántidas, a huir del presente y refugiarse no se sabe bien dónde –en lejanías, en profundidades, en ausencias-.”

Para don José –a pesar de que aquella obra de Schulten hubiese sido publicada en su *Revista de Occidente*– el interés por la búsqueda de aquellos lugares legendarios, revestida de una imagen de viaje de

aventuras, representaba una escapada de los problemas del presente, de los horrores vistos en la Gran Guerra. Sus comentarios advertían sobre el potencial idealismo de la obra de Frobenius, el cual imaginaba conexiones entre tierras remotas siguiendo el trazado de sus círculos culturales.

En realidad estas ideas estaban presentes ya en autores anteriores. Joaquín Costa recurría frecuentemente a la idea de la comunidad étnica de iberos y bereberes recurriendo al tema de la Atlántida (Wulff 2002) seguido por otros autores españoles que irán integrando el africanismo como argumento central en el modelo histórico de la nación española. Costa se apoyaba en gran parte en autores franceses para defender estas ideas y entre ellos el propio Tissot quien no solo afirmaba las conexiones entre las comunidades norteafricanas y las europeas en su interrelación de los monumentos megalíticos (Tissot 1876b) sino que recurría igualmente al continente mítico a la hora de definir la antigüedad del Magreb (Tissot 1884). El modelo de los círculos culturales no sería más que la sistematización teórica de esta tendencia a la analogía y la esencialización cultural.

Sobre la heterodoxia

La irrupción de la Guerra Civil sin duda marcó la trayectoria de Montalbán. En 1937 fue cesado de su cargo por la Comisión Depuradora de Funcionarios Civiles, siendo sustituido por Pelayo Quintero Atauri quien por su avanzada edad permaneció próximo a Tetuán donde dedicó su esfuerzo al estudio de Tamuda. Esta situación probablemente ayudó para que a Montalbán le fuese asignada la dirección de las excavaciones de la Región Occidental. Sin embargo, parece que antes de ser depurado sufrió un arresto mientras trabajaba en el túmulo de Mzora que se planeaba situar como proyecto arqueológico estrella de la República (Gozalbes Cravioto 2003). Figuran algunas referencias a aquel arresto en la correspondencia entre Montalbán y García Figueras, en la que el investigador pide a este último que interceda ante el gobierno militar para que le devuelvan las pertenencias que dejó en la barraca de la excavación de Mzora. García Figueras le responde señalándole su satisfacción acerca de los trabajos de Mzora e indicándole que el material le será devuelto. Efectivamente, debió ser así pues también encontramos un recibí firmado por el “preso gubernativo” con una lista de los objetos entre los que se encuentran una cámara fotográfica, carpetas, material de dibujo, una novela de Víctor Hugo y un carnet de periodista extendido a nombre de él.

Curiosamente, mucha de la imagen negativa de Montalbán se asocia a la excavación de este monumento, pues se considera como una intervención destructiva y carente de método. Sin embargo, recientemente se ha indicado que el trabajo de Montalbán en el túmulo se ajustaba a lo usual en la época (Gozalbes Cravioto 2005). Parece que los años tras el incidente de la detención pesarían en la valoración del trabajo de Montalbán. En 1942, ejerciendo su nuevo destino, remitió a García Figueras un informe sobre el reconocimiento arqueológico de la zona occidental en el cual ironizaba al exponer sus resultados: “espero que con él se percaten mis amigos de cómo se estudian las cosas”. En su respuesta, García Figueras comienza de la siguiente forma:

“Mi querido amigo: Acuso recibo de su carta del 17 de septiembre y a través de ella observo que es usted incorregible e impertinente. Ello me obliga a ponerle a usted una vez más el punto sobre la i por lo que se refiere a su carta citada”

Más adelante continua señalándole que solo con humildad podrá formar parte de “este grupo magnífico que forman Pelayo Quintero, el Padre Morán, Pérez de Barrada, Santa Olalla, Bellido, Matheo...”. A lo que añadía:

“Sirva usted pues, la tarea, con modestia y sencillez. Si lo que usted dice es bueno y vale, ello tendrá la consideración de todos; si no vale y es una vana pretensión de egolatría, entonces, nadie le hará a usted caso aunque usted siga diciendo que es usted el primer arqueólogo del mundo. Yo estoy seguro que usted da gracias a Dios todos los días por haberle conservado la vida que le permite seguir colaborando en estos trabajos; cuando lo haga piense también en esto que le digo, en que hay un grupo de hombres trabajadores y estudiosos a los que no ha de impresionar usted con sus salidas de tono. Estoy seguro que usted puede ser útil dentro de ese conjunto, pero lamentaría mucho que su persistencia en esta conducta, que tantas veces le tengo reprendida, haga imposible esa colaboración”

En aquella carta García Figueras incluía “El lema de trabajo de todos nosotros es el mismo: ninguno es el primero; cada uno es el primero, según la ocasión y la fortuna”. Parece que por entonces la fortuna ya no estaba del lado de Montalbán. Aquellas felicitaciones por sus trabajos anteriores a la Guerra Civil se convirtieron entonces en las críticas y el enfrentamiento que probablemente le trajeron su destitución en 1945 tras lo cual sirvió como Arqueólogo de la Zona Internacional de Tángier desde 1947 a 1959 (Belén *et al.* 1996: 340). A pesar de la extrañeza con la que se ha teñido la figura de

Montalbán desde entonces, resulta un personaje clave en muchos sentidos. A pesar del limitado presupuesto con el que contaba identificó yacimientos como Tamuda, dio un gran empuje a las excavaciones de Lixus, inició el Museo Arqueológico, fue pionero en la fotografía aérea. Si sus teorías resultaron extravagantes tras él, no deberían serlo menos las de otros autores más valorados. En este sentido, Montalbán, compartía la heterodoxia de una época.

Notas:

1.- “Nosotros conocemos desde hace tiempo al Sr. Montalbán. Cayó en una tertulia de poetas, nos dijo que era *boy-scout* y cazador de fieras, y me regaló un encendedor que simulaba un candil de tamaño natural –como el mapa de Europa, según cierto periodista. A decir verdad, los poetas no le tomaron completamente en serio. El espectro del Tartarín cruzó por el ambiente, con sus dos fusiles y su gorro turco. Y es que desde la pacífica mesa de un café es difícil hacerse cargo de lo que es la vida en las selvas de la India, donde realizaba sus hazañas el Sr. Montalbán.

Ahora ha llegado la hora de que los malévulos y descreídos enmudezcan. La nota del editor, copiada más arriba, es, en cierto modo, la reivindicación de Montalbán”, Carrère 1921.

2.- “...por lo que hace referencia a la visita girada por el infante don Jaime al Museo Arqueológico –durante la cual entabló científica conversación con el arqueólogo César Luis de Montalbán- quién puso de manifiesto los profundos conocimientos de que se halla en posesión sobre arqueología. Hemos de exteriorizar nuestro parecer de que tal Museo es pobre para la labor que realiza, y bien hará el conde de Jordana estableciéndolo con la mayor magnificencia posible, dentro de nuestros recursos”, Moyron 1930.

* En aquellos tiempos, desconociéndose la tipología monumental de las ciudades fenicio-púnicas, se otorgaba mucha importancia a su arquitectura militar, de modo que el mencionado lienzo –hoy considerado como una construcción de planta cuadrada-, fue durante mucho tiempo decisivo para la deducción de *Lixus*.

[1.2] LAS EXCAVACIONES DE TARRADELL EN LAS CÁMARAS MONTALBÁN. (C.A.G., H.H., N.T.F.)

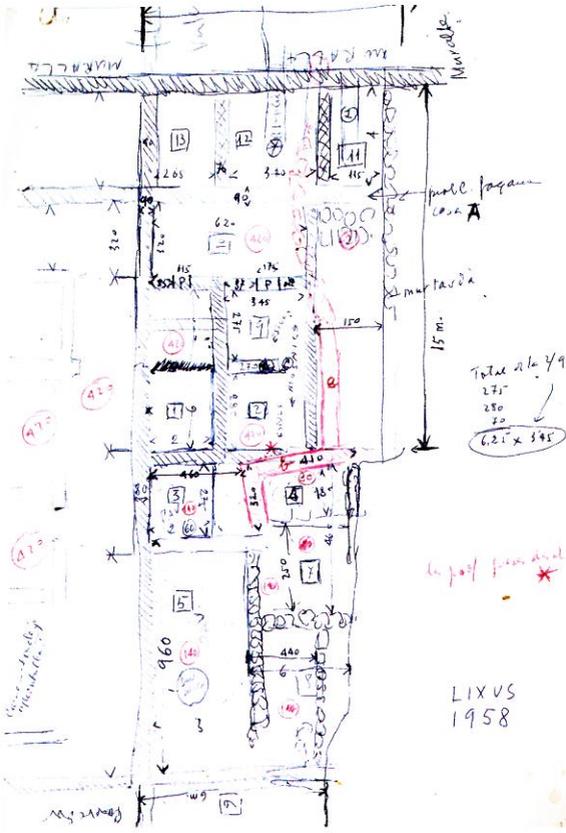
Introducción

Miquel Tarradell i Mateu (1920-1995) (Aranegui, Tarradell 2001, 18-26; Aranegui 2008, 121-133) (fig. 1) fue inspector de excavaciones y director del Museo de Tetuán desde 1948 hasta 1958 y continuó la excavación de las Cámaras Montalbán entre 1958 y 1960, al final de su etapa lixitana, cuando ya era catedrático de Arqueología, Epigrafía y Numismática de la Universitat de València y tenía como colaborador a Michel Ponsich en Lixus. Es de suponer que su interés por documentar esta zona podría haber estado justificado por el buen estado de las construcciones, de aparejos similares a los del Sondeo del Algarrobo (Tarradell 1960a, 146-148 sondeo nº 8; Aranegui, ed., *et al.* 2001 y 2005) y por lo tanto prerromanas, así como por la expectativa de ampliar los contextos más antiguos de la ciudad y sus cerámicas de engobe rojo (Tarradell 1959a, 269 y 1960b, 235-252), impresión no contrastable porque estas excavaciones no llegaron a publicarse. Los documentos originales de la intervención que nos ocupa se conservan en el archivo Tarradell de Barcelona* (ntarradell@ub.edu) que aquí pasamos a comentar dado el interés que les confieren mostrar superposiciones estratigráficas que van desde los niveles fenicios hasta los medievales (fig. 2) así como el dotar de nuevas perspectivas la interpretación de un área de 1216 m² situada al SO del centro monumental de Lixus, cuyo flanco oriental fue considerado hipotéticamente como el foro por Tarradell (1959b, 64-65, lám. 12), exhumado en toda su extensión (cerca de 1 Ha) a partir de 1960 por Ponsich. Sin duda, este barrio tiene en el área SO su secuencia crono-estratigráfica más completa.



1.2.Fig. 1. Prof. M. Tarradell en Lixus (1956, archivo Tarradell).

En su diario de excavaciones Tarradell habla de las Cámaras Montalbán, nombre con el que se identifica el material de sus campañas en el Museo de Tetuán ('c. Montalbán' en las etiquetas de algunas cajas), en parte ya dado a conocer (Belén *et al.* 1996, 339-357; Aranegui, ed., *et al.* 2001). Además se levantó una planta de los restos arquitectónicos, dibujada por Ponsich (Aranegui, Hassini, Tarradell e.p.) (fig. 3) quien después reservó para estos edificios la letra "O" de su *quartier des temples* (Ponsich 1981).



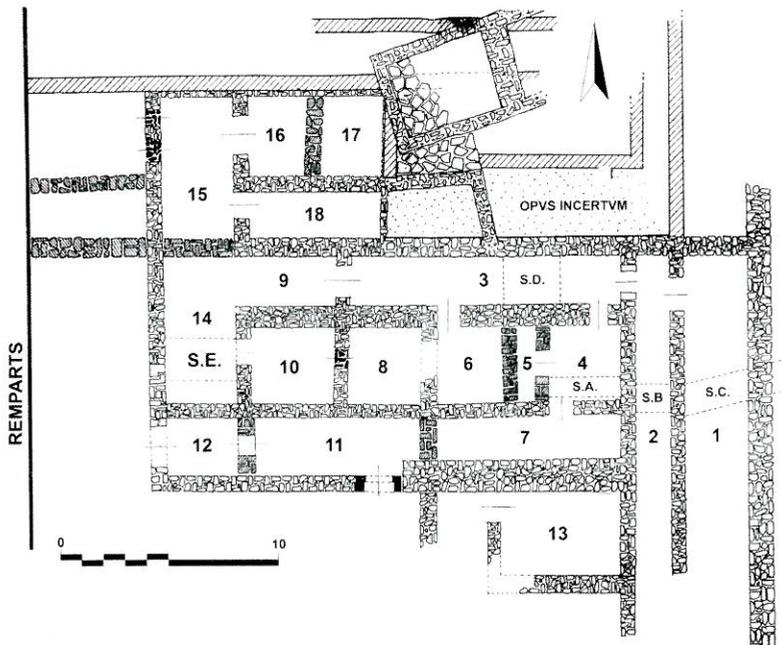
1.2. Fig. 2. Croquis del diario de excavaciones de Tarradell (Archivo Tarradell), orientado hacia el O.

La ampliación de las Cámaras hacia en N.

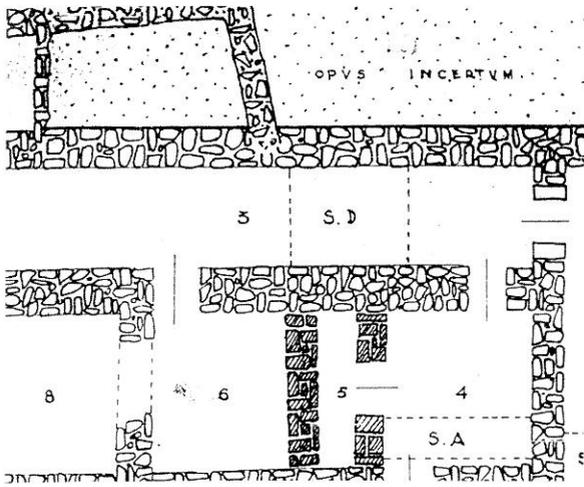
En 1958 se llevó a cabo una intervención al N de las Cámaras Montalbán, desde el nivel superficial del sector, que se encontraba 3 m por encima de los pavimentos de aquéllas. En efecto, en la figura 3 las habitaciones 1 a 14 corresponden al estado de los años 1930 y las habitaciones 15 a 18 a la ampliación programada por Tarradell, que dejó un testigo en el flanco NE, con estructuras más recientes (fig. 4), junto al que más tarde se plantó un ciprés identificable en muchas fotografías. De estas investigaciones sólo se publicó una pequeña noticia (Tarradell 1958, 372-379) que dio a conocer el objetivo que el arqueólogo tenía respecto a este sector, si bien la publicación, ya entonces, resultaba insuficiente.

A medida que se desarrollaron los trabajos se fue confirmando la complejidad de las superposiciones constructivas de la zona, con numerosas remodelaciones. La orografía en pendiente inclinada hacia el S fue aquí modificada mediante aterrazamientos sucesivos, lo que favoreció que se preservaran muros de alrededor de 4 m de altura, operativos en distintas fases y finalmente integrados como sótano en el proyecto definitivo.

La campaña de 1958 concluyó con un pequeño sondeo estratigráfico (A) en la habitación 4, anunciando el programa de 1960, cuando Taradell procedió a realizar cuatro sondeos en distintos puntos de las antiguas excava-



1.2. Fig. 3. Planta de las Cámaras Montalbán (dib. Ponsich), orientado hacia el N.



1.2. Fig. 4. El sector NE de las excavaciones (Archivo Tarradell).

vaciones para obtener, presuntamente, comprobaciones estratigráficas en la línea de sus investigaciones del momento (engobe rojo, círculo del Estrecho...), dejando sin abordar la arquitectura de esta zona. Los sondeos B y C constituyeron la prolongación hacia el E del sondeo A; el sondeo D se situó en el pasillo 3, junto a las excavaciones de 1958, y el sondeo E en la estancia occidental, junto al eje N-S que delimita el sector.

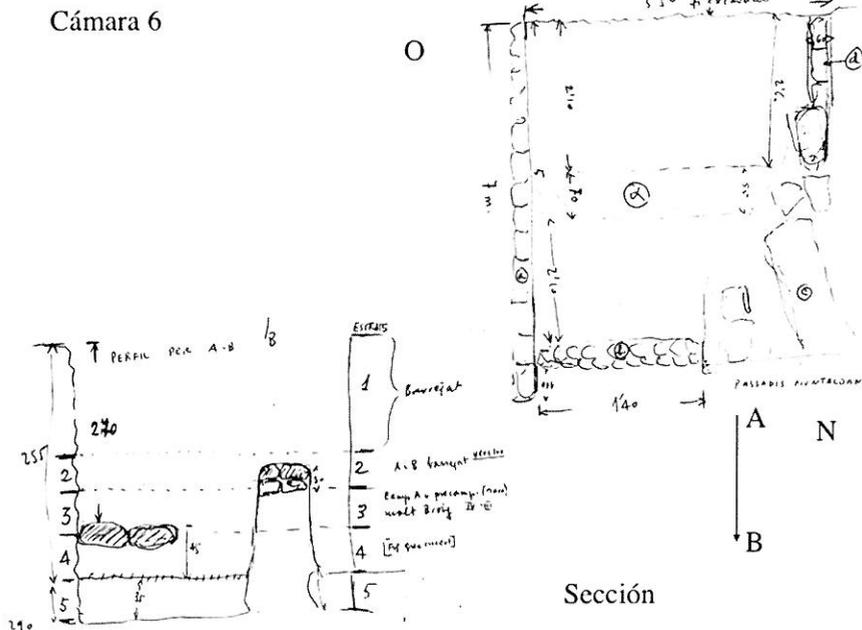
La ocupación deducible de los niveles de abandono

La planta (fig. 3) muestra edificaciones tardo-romanas o medievales que no van indicadas con la numeración correlativa de la mayoría de las estancias tratadas gráficamente como Cámaras propiamente dichas. De ello se infiere que el objetivo que se perseguía estaba centrado en las fases constructivas prerromanas (mauritanas) del complejo. El esquema y las notas conservadas en el archivo, sin embargo, indican construcciones bajo-imperiales con reutilización de piedra de edificios anteriores, como ocurre en la fase medieval. De estos apuntes se puede deducir que los niveles superficiales denotan un urbanismo disgregado, ajeno al precedente, tal vez perdido en época tardo-antigua.

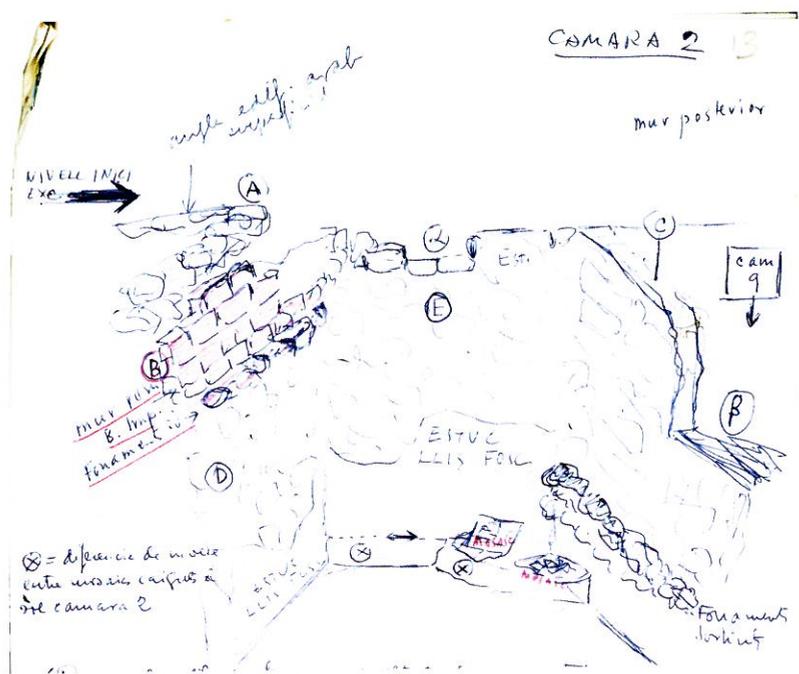
En la parte E de la excavación se llegó hasta un suelo de *opus incertum* (*sic*) indicado en la figura 3 (se trata más bien de un *signinum*), a 1,40 m de la capa superficial, que Tarradell dató a partir de una cata que mostró un nivel subyacente con campanienses, sellado por dicho pavimento. Los posteriores trabajos de Ponsich revelaron esta misma cota de *signinum* en todos sus anexos "F".

Los niveles mauritanos, púnicos y fenicios

La excavación de la cámara Tarradell-6 en el NE del conjunto (fig. 5), no numerada en la figura 3, alcanzó una profundidad de más de 4 m. Tarradell identificó en



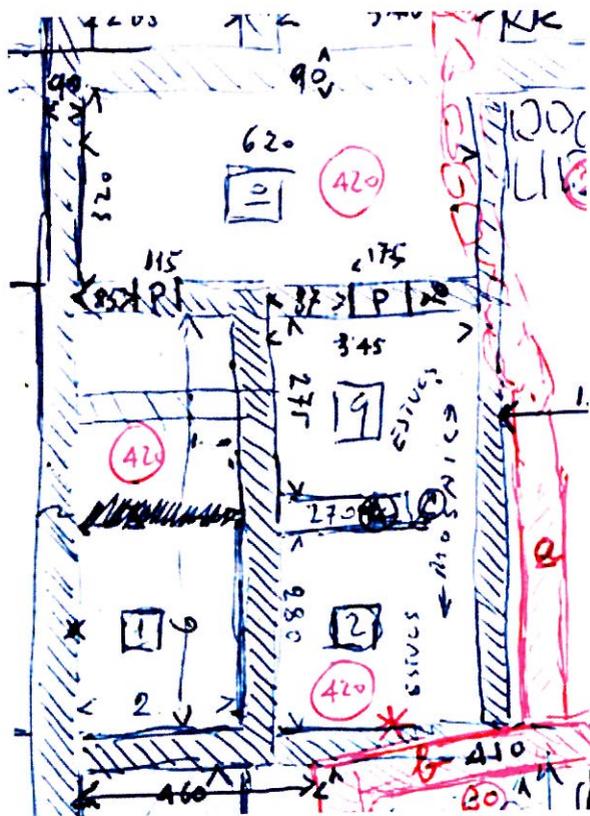
1.2. Fig. 5. La cámara 6 (Archivo Tarradell).



1.2. Fig. 6a. La cámara 16/17, (a) croquis de Tarradell, que designa este espacio con los núms. 2 y 3.

el corte estratigráfico un nivel de abandono (2A, a 1,40-1,60 m de profundidad) de inicios del s. I y un nivel de construcción (2B, a 1,60-1,70 m de profundidad) con campanienses A, ánforas de la forma hoy llamada T-12.1.0.0, un fragmento ático y algunos otros de engobe rojo, en su opinión residuales, que le inclinaron a datar esta potente fase constructiva hacia los ss. III-II a.C., como el horizonte mejor conservado del Algarrobo. En efecto, las estancias 15, 16, 17 y 18 de la figura 3 conservan muros de 3 a 4 m de altura hechos con piedras careadas dispuestas en seco, salvo en algunos sectores donde se observan técnicas de aparejo regular y más cuidado. A veces las habitaciones presentan una puerta o una ventana, estucos murales de color oscuro y pavimentos enlosados, recubiertos después de *signinum* "tipo granito" (*sic*) (estancia 18), o bien suelos de mortero.

La excavación mostró indicios de un gran incendio que había producido el hundimiento de un piso superior (Tarradell cit., 374), como se puso especialmente en evidencia en la estancia 15, colmatada por grandes trozos de *signinum* de muy buena calidad, de la categoría hoy llamada *batutto di marmo*, seguramente como el que aún se ve en los pavimentos inferiores del templo "D" o de las termas y en algún punto de los anexos de "F". Este derrumbe sirvió aquí de base a un nivel del



1.2. Fig. 6b. La cámara 16/17 de la planata de la fig. 3.

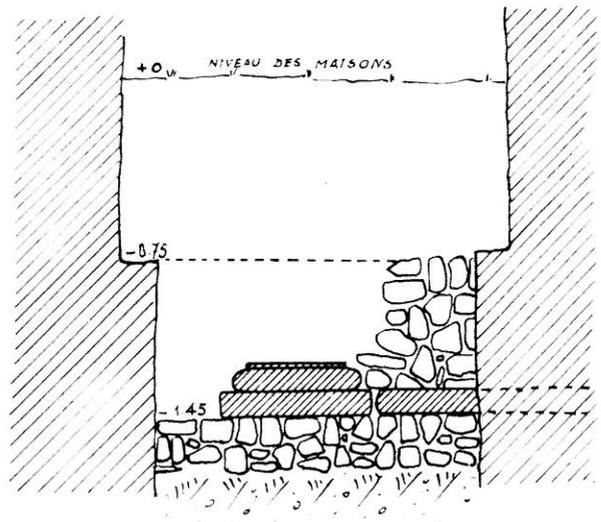
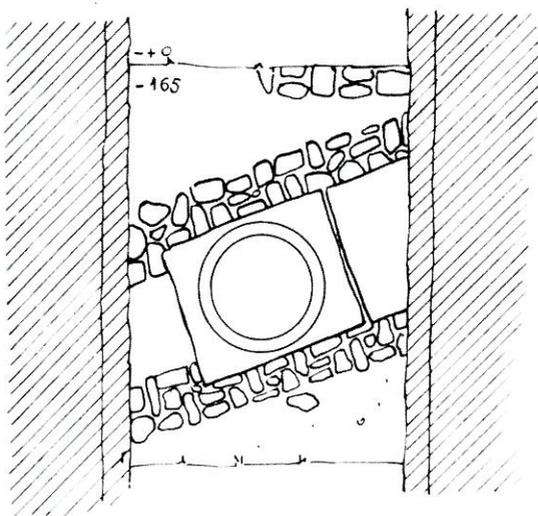
1.2. Fig. 7. Mosaico de *opus sectile* (Archivo Tarradell).

s. III, a una profundidad de 0,40 – 0,50 m, sin conexión con el anterior, con sigillata clara C y africanas A y D.

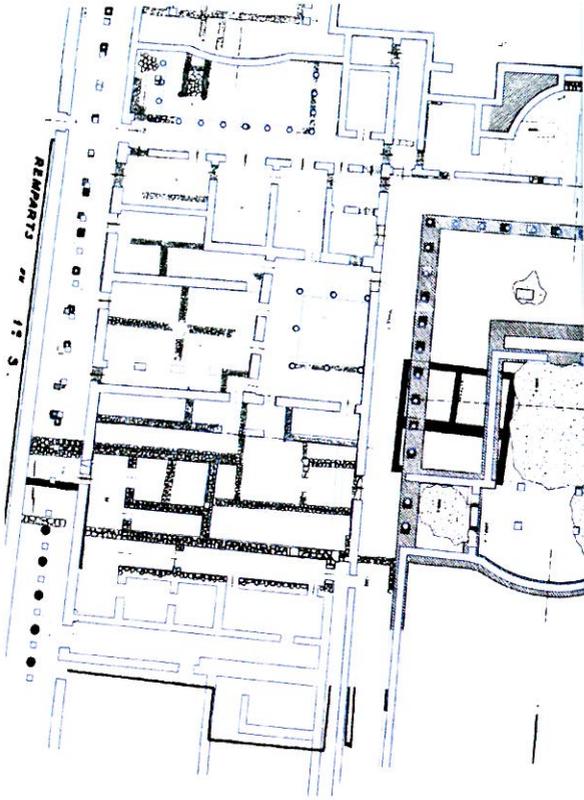
Esta secuencia también fue observada en los espacios 16 y 17 (9 y 2 del croquis) (fig. 6a y b) que abarcan una superficie de 3,45 x 5,30 m aproximadamente, donde el tabique que los divide fue construido sobre 1 m de escombros de un incendio que quedó sobre el suelo de la habitación de la “segunda fase constructiva, que es la más sólida”, tabique que supone un cambio de cota de circulación como demuestra una puerta tardía entre los espa-

cios 16 y 15, “con gozne y bisagras de bronce conservados *in situ*”, muy por encima de la “segunda fase”. La sala 16/17 se presenta con paredes revestidas de estucos pintados en tonos oscuros (nunca limpiados) y suelos de *reticulatum* de cerámica o de mosaico, llamando la atención en la estancia 17, a 2,60-2,90 m de profundidad, algunos fragmentos del pavimento de la planta superior (Tarradell 1959, lám. 14) (fig. 7). Se trata de un conocido *opus sectile* helenístico (Guidobaldi, 1994: 451), inédito hasta entonces en Marruecos, con decoración de rombos y losanges tallados en piedras duras, blancas, verdes y negras que dibujan una falsa perspectiva enmarcada en una orla de *tessellatum* blanco y negro con diseño en zig-zag, primera y notable evidencia del lujo decorativo del edificio. Khadija Bourchouk, conservadora del pequeño Museo de Larache en 2007, nos permitió consultar el registro de entrada en estos fondos de un reducido fragmento de pavimento de losanges de los mismos colores (LR.79.79). Consta como procedente del hipocausto de las termas del *quartier des temples* y los losanges miden 12,5 cm por 7,5 cm, lo que puede ser indicativo de una cronología avanzada (¿entre César y Augusto?), cuando se usan piezas mayores para el esquema decorativo de los *cubi prospettici* (Grandi 1994, 113). Son necesariamente de un nivel por debajo del horno.

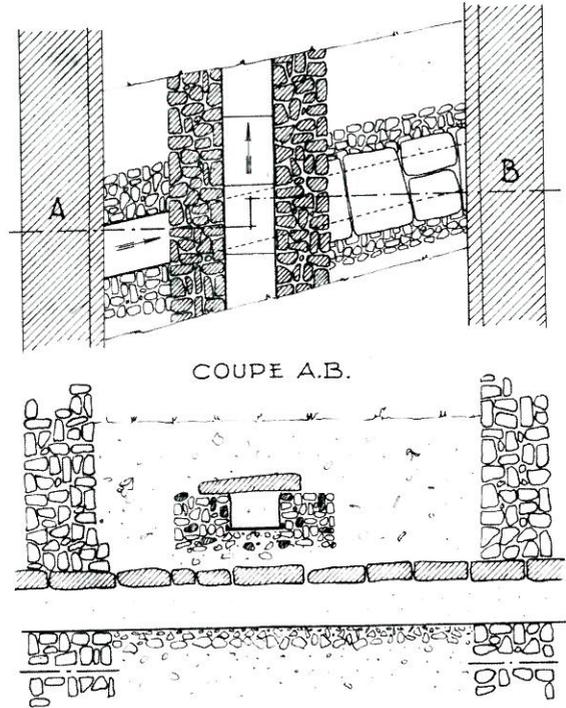
El material cerámico de esta fase de destrucción no fue abundante ni tampoco ha sido estudiado pormenorizadamente. En el diario de excavaciones identificamos



1.2. Fig. 8. Sondeo B: basa de columna (dib. Ponsich, Archivo Tarradell).



1.2. Fig. 9. La cisterna 14 (dib. Ponsich), en negro.



1.2. Fig. 10. Atarjea (dib. Ponsich, Archivo Tarradell).

anotaciones sobre piezas que parecen de barniz negro de Cales, un fragmento de sigillata de barniz negro, bordes de ánfora “tipo Tamuda” (*sic*) (Mañá C2b o T-7.4.3.3.) además de cuatro fragmentos de aretina entre los que hay una base con la marca *ATEI* y el nexo *MAE* inciso post-cocción. Para Tarradell (cit., 374) este conjunto no era demasiado homogéneo aunque, teniendo en cuenta la cronología de otras destrucciones patentes en el yacimiento, propuso una fecha del final de la primera mitad del s. I para el incendio, tal vez, planteamos ahora, asociadas a las revueltas de Edemón en la perspectiva del investigador (Tarradell 1954, 337-344).

En el archivo consultado no hay informaciones detalladas sobre el frente O de la excavación. En la planta queda claro que el sector meridional de Montalbán, con las estancias 11, 12, se prolonga hacia el S (estancia 13) y en el diario destaca el comentario de Tarradell en cuanto a la “muralla” occidental que data entre las épocas de Augusto y de Claudio, a partir de las cerámicas que se asocian a las construcciones.

Los sondeos

A

En 1958 Tarradell realizó el sondeo A en la parte S de la estancia 4, ocupando una superficie de 3,30 x 2 m. Aquí excavó levantando capas de 0,25 m y observando la evolución de los hallazgos, con la metodología que aplicó en todos sus trabajos. La limpieza superficial proporcionó abundante sigillata aretina, con un fondo de la forma Drag. 15-17 con marca (indeterminada). El nivel 1 (0 a 0,25 m) contenía numerosos fragmentos de estuco de color rojo oscuro o con trazos finos de diferentes colores, sobre fragmentos de ánforas indeterminadas, de barniz negro de Cales y de aretina. El nivel 2 (0,25 a 0,50 m) dio pocos hallazgos que no se consideraron significativos.

El nivel 3 (0,50 a 0,80 m) ya no tenía cerámica de barniz negro sino abundante engobe rojo, cerámica pintada y ánforas. El nivel 4 (hasta 1 m) es una parte del anterior y en él apareció engobe rojo y una lucerna de un pico. El nivel 5 (de 1 m a 1,20 m) parece corresponder a

“4 capa 2” en las cajas de los almacenes de Tetuán y el nivel 6 (1,20-1,50 m) contenían en exclusiva materiales fenicios cuyo estudio (Belén *et al.* 1996, 339-357) arroja una cronología de los ss. VII-VI a.C. Estos conjuntos se adosan a la base de los muros S y E así como al muro O de la estancia 4 de la figura 3.

B (1,47 x 2,75 m) (fig. 8)

Efectuado en 1960 en la estancia 2 (corredor de 1,47 m de anchura y casi 20 m de longitud situado en la parte E de las Cámaras) con el fin de datar los dos muros longitudinales de mampostería unida con mortero de cal, reveló la secuencia siguiente:

El nivel 1 (a 0,75 m de la cota dejada por Montalbán) muestra la cimentación de estos muros, con un posible pavimento adosado al occidental, pendiente de verificar mediante una futura ampliación de la zona excavada. Se hallaron cerámicas de barniz negro de Cales, un fragmento de cerámica ibérica, otro de ática de figuras rojas con decoración de ovas, una decena de fragmentos de engobe rojo y muchos de estucos murales pintados, con dos lucernas de volutas “del s. I a.C.”, todo lo cual llevó al investigador a fechar los muros al final del s. I a.C., atribuyendo los materiales más antiguos al nivel cortado por los mismos.

El nivel 2 se define por su material “antiguo” (platos y una enócoe de engobe rojo, ánforas sin cuello, cerámica pintada a bandas...) homogéneo hasta llegar a la base de una columna sobre una losa cuadrada de caliza (0,67 x 0,63 cm) que está *in situ* y pertenece a una importante fase urbanística anterior al flanco E de las Cámaras (estancias 1 y 2, fig. 3), lo que significaba una fecha anterior al s. IV a.C., según la primera impresión de Tarradell.

En el nivel 3 la basa se apoya sobre una alineación de 0,95 m de anchura que corta el sondeo en dirección NE-SO, a la que se adosan materiales del periodo “más antiguo de Lixus”.

Con la perspectiva que hoy tenemos una vez excavada toda el área monumental, los muros longitudinales del espacio 2, trabados con cemento, se relacionan fácilmente con la prolongación hacia el S del peristilo “F” mientras que la basa de columna corresponde a un contexto más antiguo que se instala cortando niveles fenicios pero que no tendría que fecharse en esta época necesariamente. El nivel con la basa denota una cota de uso compatible con la cisterna (El Khatib Boujibar 1992, 305-323, núm. 14) amortizada por el peristilo “F”, al NE de la columna citada (fig. 9).

C (figs. 10)

Abierto en la estancia 1 (un corredor N-S paralelo al 2 hacia el E) para observar la continuación de la estructura de la columna.

El nivel 1 (0,80 m por debajo de la cota dejada por Montalbán) puso al descubierto una atarjea centrada entre los dos muros alineados con el porticado “F”. Consiste en unos muretes de 0,30 m de anchura revestidos interiormente de *tegulae* que forman un desagüe de 0,40 m de ancho. Los materiales recuperados en el interior del desagüe fueron estucos pintados, sigillatas aretina y sudgálica, campaniense A, barniz negro indeterminado y un fragmento de lucerna romana, además de una moneda de bronce de Augusto, con el reverso frustrado (no localizada hoy). Tarradell plantea que fuera construido en la primera mitad del s. I a.C. y se amortizara hacia el 40 d.C., “inmediatamente después de la primera destrucción de las Cámaras”. Sobre la atarjea había fragmentos de ánfora dispuestos horizontalmente formando, tal vez, un suelo.

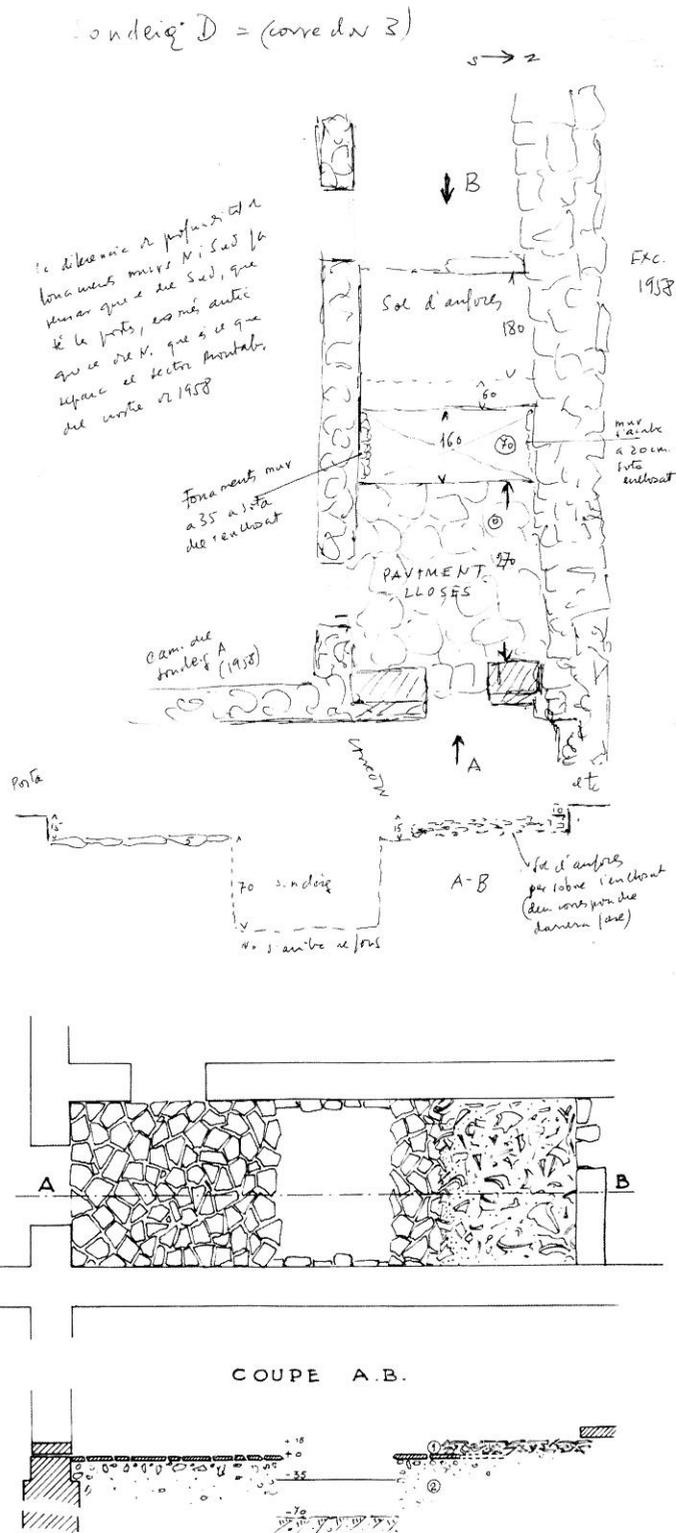
En el nivel 2 aparece la continuación de la estructura con la columna consistente en un pavimento de caliza de buena fábrica, a una profundidad de 1,45-1,65 m con respecto a los pavimentos superiores de las Cámaras Montalbán.

D (fig. 11a y b)

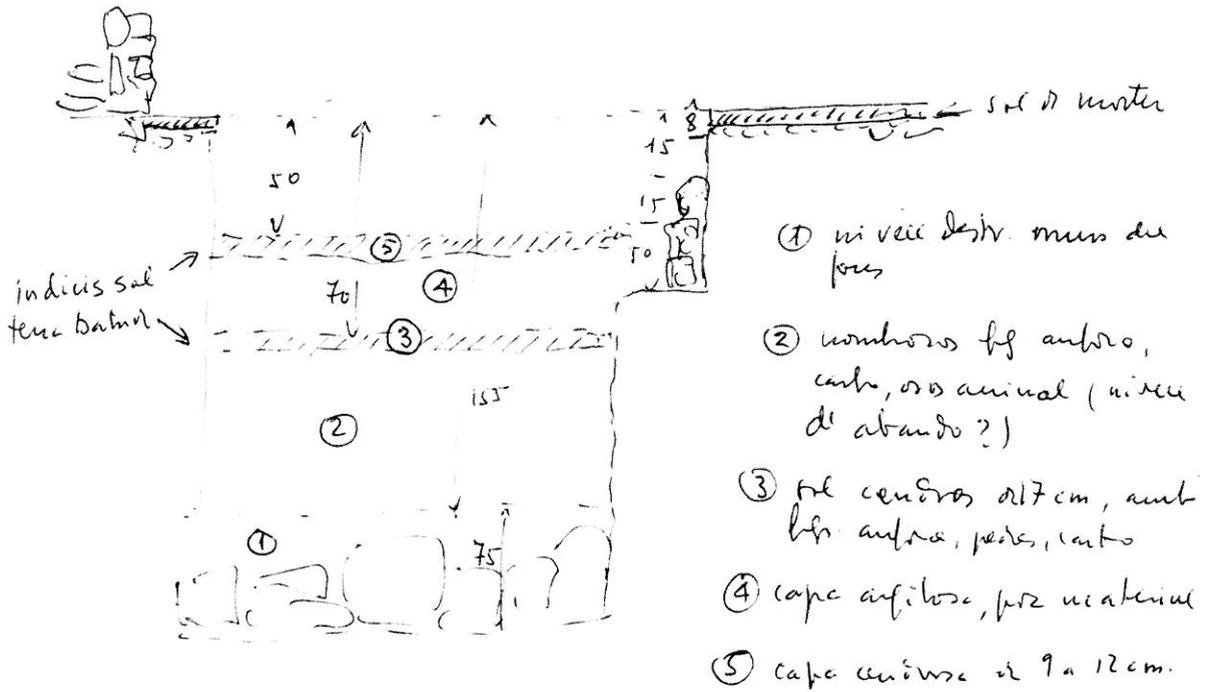
Situado en el pasillo 3 que discurre de E a O, alineado con una puerta abierta en el NE de las Cámaras hacia las estancias 2 y 1, la limpieza superficial del sondeo dio hallazgos diversos, con barniz negro de Cales de la forma Lamb. 2, entre otros.

Nivel 1: un suelo de fragmentos de ánfora de un espesor de 0,15-0,20 m, acoplado en una capa de tierra, se encuentra inmediatamente debajo de un enlosado irregular que cubría la estancia. Tarradell indica que casi la mitad de las ánforas reemplazadas son de tipología púnica (“Tamuda antigua”: T- 12.1.0.0. y “jarras con hombro”) pero el resto son Dr. 1. Junto a este material hay dos fragmentos de barniz negro de pasta gris, campaniense A, con un fondo con palmetas, y algunos fragmentos de engobe rojo, panorama que llevó a datar el piso de ánforas hacia el 150 a.C. y el enlosado después de esta fecha.

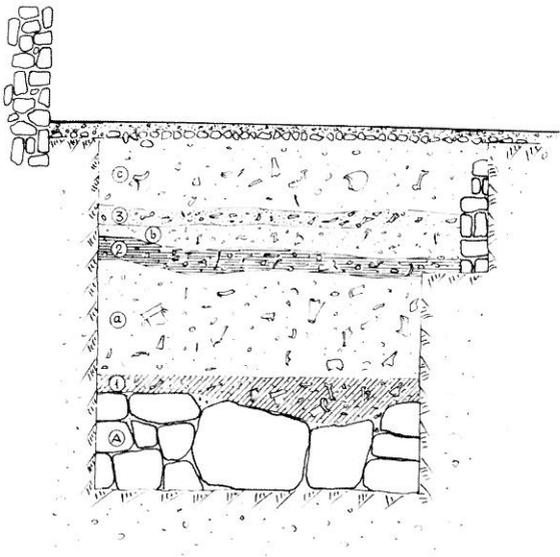
Nivel 2 (después llamado 2 - 3): se encuentra por debajo de las losas y tiene una potencia de 0,70 m. No se profundizó hasta la roca natural. En el corte O se distinguieron dos niveles arqueológicos, para cuya documentación se amplió el sondeo. A unos 0,50 m bajo el suelo de ánforas apareció un pavimento de piedra y de tierra rojiza con poco material: con un fondo de barniz negro



1.2. Fig. 11a y b. Sondeo D, (a) Tarradell, (b) dib. Ponsich.



1.2. Fig. 12a. Sondaje E, (Archivo Tarradell).



1.2. Fig. 12b. Fases constructivas en las Cámaras Montalbán (dib. Ponsich, Archivo Tarradell).

- ① ni vece destr. muss de fous
- ② wunhoros hf anbro, carbo, osos animal (ni vece de abando?)
- ③ sol cenizas del 7 cm, anbr hf anbro, pedrs, carbo
- ④ capa argilosa, por u material
- ⑤ capa cenizas de 9 a 12 cm.

de la forma Lamb. 28 decorado con palmetas, llamativo por su buena calidad.

Este sondeo mostró que la trinchera de cimentación del muro N del corredor se encontraba 0,20 m por debajo del enlosado más profundo. El muro S del mismo corredor, descendiendo 0,35 m y, según Tarradell, sería mucho más antiguo. En la actualidad la diferente disposición del aparejo de uno y otro es evidente.

E (figs. 12 a y b)

Está situado en la estancia 14, en la parte occidental del edificio, con suelo de mortero que tuvo que romperse para efectuar un sondeo que dio los materiales siguientes:

Nivel 5 (0 a 0,80 m): un pequeño bronce de la ceca de Lixus, en mal estado de conservación, no localizado actualmente; campaniense A, barniz negro de Cales, cerámica ática, cerámica pintada y engobe rojo. Se trata de una fase constructiva de la que se conserva un muro E-O al que se adosa una superficie horizontal de uso de tierra batida.



1.2. Fig. 13. Foto aérea (Archivo Tarradell). A: Cámaras Montalbán.

Nivel 4 (0,80 a 1,10 m): cerámica ática, ánforas, cerámica pintada y engobe rojo.

Nivel 3 (1,10 a 1,50 m): cerámica ática, cerámica gris masalieta (?), cerámica pintada, engobe rojo y cerámica a mano.

Nivel 2 (1,50 a 1,70 m): material muy fragmentario, menos variado que en el nivel superior, con algo de cerámica ática, engobe rojo predominantemente, y un fragmento de bol de pasta blanquecina de muy buena calidad, con engobe amarillo y restos de pintura o barniz marrón (¿copa jonia?); cerámica a torno fina, cerámica pintada, fragmentos de ánfora y un fragmento de huevo de avestruz.

Nivel 1 (1,70-1,85 m): menos hallazgos y más fragmentarios que en el nivel anterior. Un muro N-S de bloques de gran tamaño indica una estructura de época fenicia.

Estado de la cuestión

Estas excavaciones ponen de manifiesto seis fases constructivas (fenicia, púnico-mauritana, del cambio de Era, romano-imperial, tardo-romana y medieval) que son claves para la historia del urbanismo central de Lixus. Las que son anteriores al Bajo



1.2. Fig. 14. Las excavaciones de 1958 (Archivo Tarradell).

Imperio tienen su mejor evidencia en los muros de piedra seca de las Cámaras, que se mantienen cuando se construyen las estancias 1 y 2, de fábrica con mortero de cal.

En las cámaras se advierte cómo se adosan a los muros hasta tres suelos consecutivos, como se deriva principalmente del corredor O-E ("passadís Montalbán") donde el lienzo S puede remontar su cronología hasta época púnica y el N al tránsito de los ss. III-II a.C., en atención a la campaniense antigua que se le adosa. También es importante la constatación de niveles de destrucción de época mauritana avanzada y final.

A Tarradell le cumple haber observado por primera vez edificios de dos alturas con una rica decoración ya en la segunda mitad del s. I a.C. así como la datación "augustea o claudia" del corredor occidental, que hoy consideramos un criptopórtico que flanquea y unifica todo el complejo. Las indicaciones de la topografía constructiva del ala occidental del sector son, en consecuencia, imprescindibles para su comprensión. El pavimento dejado *in situ* en el NE del área excavada, común a todo el conjunto con posterioridad excavado, está alrededor de 3,5 m por encima de los suelos superiores de las Cámaras y éstas, a su vez, tienen dos fases constructivas infrapuestas (fig. 12b). Pero además, hacia el E de las edificaciones objeto de estudio, el descubrimiento del enlosado con la basa de columna, enigmático en el momento de la excavación, encaja hoy con la propuesta de modificación de niveles de circulación de todo el flanco meridional del complejo constructivo impuesta por el proyecto que dio forma definitiva a este barrio.

Todas estas observaciones anunciaban el carácter monumental de la parte superior de la ladera S de Lixus (fig. 15).

[1.3] LAS CÁMARAS MONTALBÁN EN LA ACTUALIDAD.
LA PLANTA ARQUITECTÓNICA. (I.F.O., G.T.C.)

[1.3.1] Lo que muestran los paramentos (I.F.O.)

El sector del yacimiento bautizado como Cámaras o Casa Montalbán, hace referencia a un área ocupada por una serie de potentes estructuras arquitectónicas articuladas de forma compleja, tal y como puede apreciarse tanto en la fotografía aérea como en la planta dibujada por Ponsich. Con una notable conservación en altura, próxima en ocasiones a los 4 m desde sus pavimentos asociados, podemos contar en las Cámaras Montalbán hasta diez muros en dirección N-S dispuestos en paralelo y siete más, perpendiculares, en sentido E-O, a los más significativos de los cuales hemos asignado una numeración romana (fig. 1). En el estado en el que se encontraban en 2005 estas estructuras conformaban múltiples estancias cuadrangulares y varios pasillos que quizá puedan explicar el porqué de la denominación con la que este complejo ha sido mencionado en la bibliografía hasta el momento presente. No obstante, ya a partir de una primera inspección visual resultan evidentes una serie de relaciones estructurales, como recrecimientos de muro (fig. 2), bloqueos de puertas (fig. 6) y tabicado de pasillos, así como una variedad de técnicas y de materiales constructivos que denotan una vida compleja y muy articulada para todo este sector, prácticamente inédito. Por ello consideramos conveniente dar paso a un breve aparato descriptivo que aporte los elementos mínimos para introducirse, en los próximos capítulos, en su problemática. De este modo vamos a proceder a la descripción de los seis tipos de paramentos que pueden individuarse en este área.

El primero de ellos (obra A) es una construcción a partir de bloques de mediano tamaño de procedencia local, probablemente extraídos de la propia roca del

Chumis, trabados con tierra. Entre ellos cabe distinguir por una parte los de formación caliza, muy resistente, y por otra los de duna consolidada, de material más friable. Los bloques están cortados en forma cuadrangular tendente a la regularidad, de manera que se favorece la creación de hiladas horizontales calzadas con mampuestos y cuñas de pequeño tamaño que también contribuyen a la horizontalidad. La cara exterior de todas las piezas ha sido levemente devastada para regularizar el lienzo (fig. 2). Este tipo de aparejo ya ha sido documentado en el yacimiento, concretamente en la parte N del muro SO.1018 del conocido como Sondeo del Olivo, en la ladera sur. Aquí se pudo registrar entre 1999 y 2002 (Lixus-1, 136-137, fig. 5) una estructura arquitectónica apoyada sobre la roca sin zanja de cimentación, datada por su contexto estratigráfico en un periodo Mauritano (175-50 a.C.). Sin embargo, al tratarse de una técnica constructiva que no requiere mano de obra especializada y puede acometerse con relativa sencillez, puede rastrear-se en diversos ejemplos más antiguos en otros yacimientos del extremo occidental del Mediterráneo como Villaricos-Baria en su fase IIb del s. IV a.C. (López Castro 2007, lám. 6) o incluso a finales del s. VI a.C. en Malaka (Suárez Padilla 2007, fig. 10).

El segundo elemento (la obra B) es un aparejo compuesto por bloques medianos de duna consolidada dispuestos de forma irregular, acomodados por pequeños mampuestos trabados con tierra. Las características geomorfológicas de este tipo de piedra local favorecen la obtención de superficies planas a partir de su estructura laminar. Ello permite lograr con facilidad bloques en forma poligonal con uno o varios planos lisos que han sido repetidamente aprovechados para formar la cara exterior del muro. Los elementos más pequeños calzan a los anteriores conservando una superficie muraria lisa y relativamente homogénea (ver fig. 2), que podrían haber configurado así una cara vista.



1.3. Fig. 1. Las Cámaras y las excavaciones recientes.



1.3. Fig. 2. Muro CM.VIII (ver fig. 6) en el que se aprecia la superposición de la obra B sobre la A.

El tercero (la obra C) es un tipo de aparejo muy similar al primero, que se presenta con bloques medianos dispuestos a seco de forma irregular y calzados con pequeños mampuestos. En esta obra, a diferencia de A, la superficie final del lienzo no tiene un acabado tan regular y los mampuestos pequeños forman en repetidas ocasiones una serie de alineaciones verticales (fig. 3) conocidas en la bibliografía de la Tingitania como *pilettes* (Jodin 1987) a partir de las casas situadas al E del foro de Volúbilis, fechadas en su fase prerromana. Este aparejo también ha sido ya documentado en el Sondeo del Olivo, en el muro SO.1015 (Lixus-1, 135-137, fig. 4), datado igualmente en una cronología Mauritana (175-50 a.C.), así como en el edificio H (Ponsich 1981, 101, Pl. XXXIII).

Entre los muros de las Cámaras Montalbán se encuentra también otro tipo constructivo elaborado con muy diversos materiales, la obra D. Por una parte se encuentran bloques y sillares medianos y grandes tanto de roca procedente del Chumis, como de piedra conchífera y duna consolidada. Pese a la regularidad en el corte de estos bloques y la presencia frecuente de sillares, diversos acabados en estos últimos y la necesidad de emplear igualmente pequeñas cuñas (fig. 4) para regularizar el plano superior de cada hilada delatan o bien la reutilización de elementos constructivos, o bien la ausencia de un programa arquitectónico que comprenda la extracción de cantera de piezas estandarizadas, lo que implica realizar ajustes y pequeños trabajos de labrado a pie de obra. Esta técnica también está presente en otros puntos del yacimiento, como por ejemplo en el edificio F (Ponsich 1981, 60, Pl. XX). Recientes trabajos en este sector (Brouquier-Reddé, El Khayari, Ichkhakh 2006, XX-XX) han enmarcado estas estructuras en una cronología augustea.



1.3. Fig. 3. Muro CM.III (fig. 6) en el que se aprecia en su zona inferior el paramento conocido como *à pilettes*, sobre el que se han levantado elementos estructurales, indicados por los trazos discontinuos, que revelan la existencia de un piso superior.

También existen en las Cámaras Montalbán muros, la obra E, que no han sido trabados con tierra sino con un mortero de calidad, no sólo en la traba interior, sino también en los lienzos anterior y posterior de la estructura (muros CM.IV y CM.V, fig. 5). La procedencia y dimensiones de los materiales empleados es muy heterogénea, predominando los sillarejos medianos ligeramente devastados de roca local, duna consolidada y piedra conchífera. La obra E muestra como particularidad una roza que recorre longitudinal y horizontalmente toda la estructura. Construidos con este tipo de paramento se encuentran dos muros paralelos, separados tan sólo por 1,20m. de distancia, que presentan a la misma cota dicho elemento, lo que hace pensar que no es más que el resultado de una práctica constructiva que encastra en el propio muro parte del andamiaje necesario para la construcción de las hiladas superiores. El mismo tipo de roza puede observarse en la exedra del foro claudio de Lixus.

La obra E es un aparejo a seco con sillarejo irregular devastado y pequeñas cuñas de materiales varios (caliza del Chumis, duna consolidada, piedra conchífera y elementos cerámicos). Pese a la horizontalidad evidente en su paramento, lo heterogéneo de las dimensiones y procedencia de sus elementos hacen pensar que emplea exclusivamente material reaprovechado de otras estructuras cercanas (ver el vano bloqueado de la fig. 6).

Estos diversos tipos de paramentos confluyen frecuentemente en un mismo muro, demostrando fenómenos repetidos de refacción de estructuras precedentes pero deterioradas (fig. 6) y de pervivencia secular de muros sin embargo construidos en épocas quizá anti-



1.3. Fig. 4. Muros CM.IV y CM.V, los únicos trabados y enjalbegados con mortero (ver fig. 6).



1.3. Fig. 5. Bloqueo de una puerta que conectaba los ambientes CM.8 y CM.10, enmarcados entre los muros CM.VIII y CM.IX (fig. 6).

guas. La observación de los lienzos que se encuentran hoy al descubierto permite comprobar cómo alguna de las obras más arriba identificadas se superpone en diversas ocasiones a otras, que aparecen sistemáticamente en las zonas inferiores de los alzados. Gracias a los trabajos realizados entre 2005 y 2009, en particular a los practicados al S de las Cámaras Montalbán, hemos podido dar una cronología a dichas Cámaras, algunas de las cuales comparten materiales y técnicas constructivas con los elementos recientemente excavados. Estas similitudes plantean para cada fase histórica una relación entre los nuevos muros y aquéllos sacados a la luz por Montalbán y Tarradell. Ello consiente elaborar una propuesta de interpretación del conjunto arquitectónico que, como veremos en los siguientes capítulos, no permite sostener para ningún periodo cronológico la presencia en este punto del yacimiento de una estructura de hábitat



1.3. Fig. 6. Planta de las Cámaras Montalbán con colorines (tramas grises) por paramentos y cotas.

doméstico. Los ejemplos hasta el momento conocidos de viviendas fenicias, púnicas y mauritanas, tanto del círculo del Estrecho como de otros puntos del Mediterráneo, no se corresponden con la planta que este conjunto presenta en sus diversas fases.

Cabe subrayar que este conjunto arquitectónico presenta algunos elementos que denotan con claridad que en algún momento existió un piso superior. Así parece indicarlo la cota superior (fig. 3), común a la mayoría de los muros de las Cámaras Montalbán. El acabado final de las estructuras en dicha cota, rebasada tan sólo en un caso, es el adecuado para la instalación en este punto de una cubierta plana que abarcaría toda la extensión del conjunto arquitectónico en cuestión. El mencionado caso es el que un alzado supera dicha cota es el del muro E del ambiente CM.16-17. En él se puede apreciar un significativo cambio en el paramento de la estructura precisamente a partir de dicha altura (fig. 2), coincidente con la cota de los pavimentos de las estancias yuxtapuestas al N de las Cámaras. En este punto parecen apreciarse además los restos de la disposición de un pavimento, inmediatamente por debajo del paramento con el que se habrían levantado las paredes del piso superior. Como se ha mencionado en el apartado referido a las excavaciones de Tarradell, se registraron en esta misma estancia unos pavimentos y estucos de gran calidad, además de un fragmento arquitectónico de gola egipcia (1.4. fig.4). Su hallazgo sobre un paquete de escombros, confirmaría que se trata de elementos caídos desde un piso superior.

Las Cámaras Montalbán se presentan de este modo como un área arqueológica de gran interés para la que la historiografía de Lixus todavía no había ofrecido una explicación adecuada.

[1.3.2] Las puertas de las Cámaras y de sus anexos (G.T.C.).

Uno de los elementos arquitectónicos más importantes en cualquier edificio son los vanos, las puertas, tan determinantes como los muros a la hora de articular espacios. No sólo marcan el acceso a recintos diferentes sino que también pueden denotar otros muchos aspectos, como seguridad, intimidad, accesibilidad, etc., llegando a ser un indicativo social en razón de sus dimensiones u ornamentación, que en ocasiones informan de asuntos tan relevantes como el rango, la religión o la profesión de los usuarios de esas puertas.

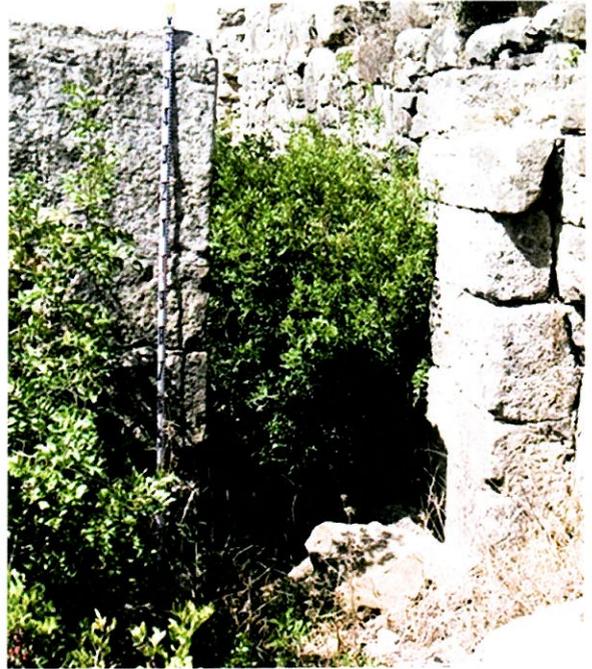
Las Cámaras Montalbán y las habitaciones anexas (Ponsich 1981, 62), conservadas a una cota superior, formaban parte de un mismo edificio proto-augusteo que tenía unas estancias nobles en planta y unidades de almacenaje en el semisótano. Analizando los vanos de ambos ámbitos podemos establecer diferentes tipologías de puertas que atienden a la distinta funcionalidad de cada una de las plantas.

Puertas del semisótano

En el semisótano del edificio encontramos dos tipos bien diferenciados de vanos. La mayoría de las puertas presentan jambas rectas sin indicios de tener batientes de madera aunque hay también una puerta con galce de piedra y un batiente pivotante.

Alrededor de un 90% de los vanos del sótano (y también de la planta superior) son puertas de jambas rectas de obra sin batientes. Ni en el umbral ni en las jambas quedan evidencias de éstos o de marcos que los soportasen (fig. 7), por lo que pensamos que prescindirían de estos elementos, idea que se ve reforzada por el hecho de que todas ellas comunican estancias interiores dentro de un mismo conjunto, nunca exteriores. En este tipo de puertas, las jambas las forman los propios muros que acaban en un plano recto. Son pues, vanos simples, con una luz de alrededor de 0,85 m, y una altura conservada actualmente de entorno a 1,70 m aunque, con toda probabilidad, serían más altas.

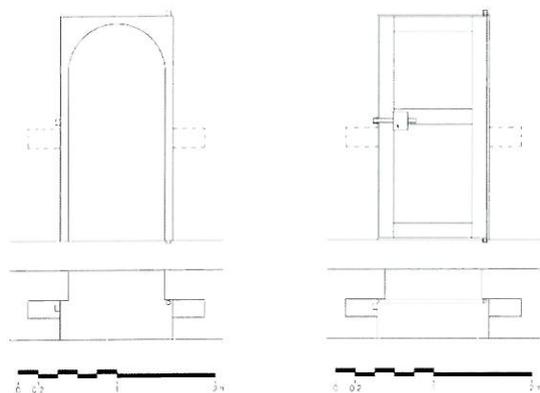
Es muy posible que algunos de estos vanos no fueran adintelados sino terminados en arco de medio punto, según se deduce de una de las jambas conservada que comunica por el SO las Cámaras Montalbán con el criptopórtico. La forma de este tipo de puertas, dada su anchura, permite una cómoda circulación, incluso si las personas fueran cargadas. Al mismo tiempo, esa forma sin galce no da mejor accesibilidad a una parte que a otra de la puerta, denotando una voluntad de comunicación directa y rápida entre las diferentes estancias.



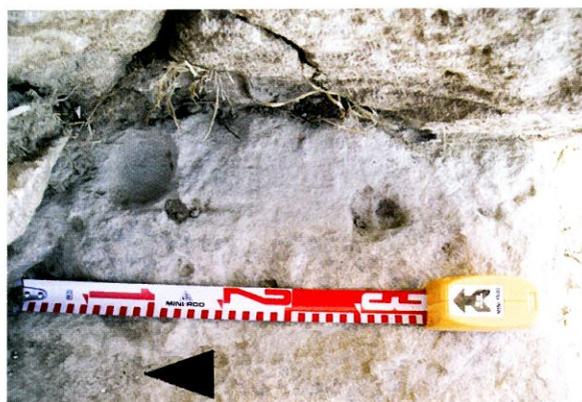
1.3. Fig. 7. Puerta de jambas rectas sin batientes de las Cámaras Montalbán IV.

Vanos de este tipo son muy comunes en Lixus, siempre comunicando estancias interiores de la casa, nunca como puertas de entrada a la vivienda. Son especialmente característicos de los sótanos, como vemos en el Edificio Cicolópeo (Hassini 2005, 9), al N de todo el conjunto palacial, donde todos los vanos interiores también son de jambas rectas y sin galce, a excepción de las puertas de entrada desde el exterior, que sí que disponen de batientes. Las puertas sin batientes también aparecen en la planta noble, pero, a diferencia de ésta, las de los semisótanos no presentan restos de enlucidos por ser estancias destinadas al almacenaje y al servicio, sin unos acabados tan cuidados como los de las estancias superiores. El hecho de que estos vanos se repitan, pues encontramos al menos tres contiguos y orientados en la misma dirección, apoya la idea de que se trate de unidades de almacenaje.

El segundo tipo son las puertas de jambas con galce de piedra y un batiente pivotante, que cuentan con un solo ejemplo. Su principal característica es que presenta unos sistemas de seguridad que no encontramos en ninguna estancia próxima. Se trata de la puerta más al SO de todo el conjunto (CM. VII), contigua a las excavaciones marroco-españolas 2005-2007. El vano fue abierto en época mauritana y, con posibles refacciones, perduró hasta época augustea (4.2. fig. 2). Hasta hace unos años esta puerta conservaba las dos jambas y las dovelas de



1.3. Fig. 8. Reconstrucción hipotética de la puerta de jambas con galce de piedra y un batiente pivotante. Se ha reconstruido un alzado aproximado con tope de galce en forma de arco.

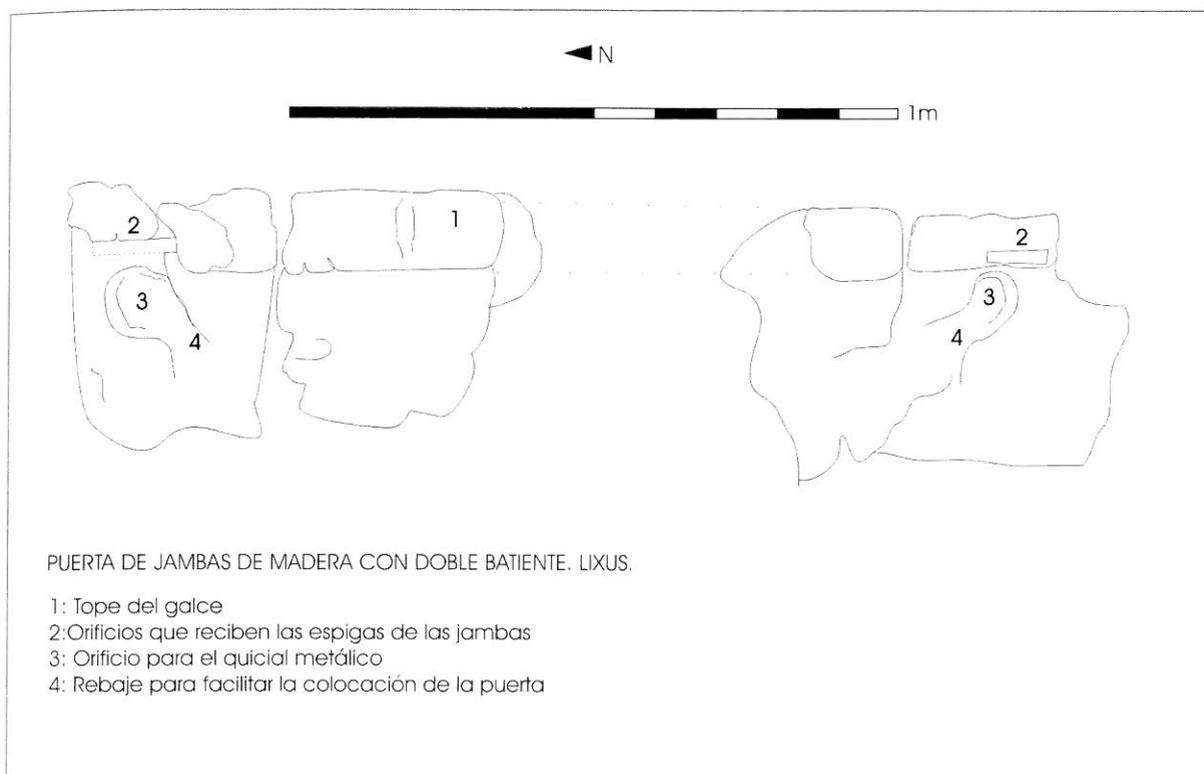


1.3. Fig. 9. Detalle del umbral de la puerta con galce de piedra.

arranque de un arco. Todas estas piedras presentaban un rebaje o galce hacia el S, de tal manera que en la cara N se crea un tope contra el que se cerraba la hoja (fig. 8). Este tope adopta forma de arco en su cara N; en cambio, el galce al S, hueco destinado a la hoja, tiene forma rectangular, como se ha podido observar en alguno de los bloques caídos que componían la jamba izquierda. Por tanto, el batiente sería rectangular también. La existencia de un agujero circular destinado al quicio viene a corroborar la hipótesis de que la hoja fuera recta, ya que una hoja con forma de arco de medio punto es incompatible con la utilización de quicio porque no se puede abrir bien y es muy difícil colocar un quicio resistente en una línea curva. A diferencia de lo que ocurre en la tradición romana, el umbral no parece haber albergado ninguna pieza metálica que recibiera el quicio, ya que sus dimensiones son escasas para ello y además presenta huellas de giro (fig. 9). El mero hecho de tener un solo batiente también es algo raro en el mundo romano pero no es extraño aquí si pensamos que en origen la puerta es mauritana, heredera por tanto de la tradición anterior. Al mismo tiempo, como se aprecia en la imagen, este hueco presenta un ligero rebaje a modo de canal, en sentido N-S, posiblemente ideado para facilitar la colocación de la hoja, práctica bastante frecuente en puertas pivotantes. Por el espacio que hay entre el quicial y la jamba derecha, sabemos que esta hoja tendría unos 1,14 m de anchura. La altura es difícil de calcular, pero teniendo en cuenta el desarrollo que marca el arco respecto al galce recto, tendría alrededor de 2,30 m. En cuanto a su grosor, estaría en torno a los 0,4 o 0,45 m, ya que esta es la distancia existente entre el tope del galce de la jamba derecha y el orificio donde se albergaría la barra de la cerradura.

Según la terminología que se emplea en carpintería, esta puerta abriría a izquierdas, pues si la miramos desde el lado del tope, el quicio se sitúa en el lado de la izquierda. Seguiremos esta orientación siempre, con el objetivo de tener una referencia clara cuando hablemos de las jambas de una puerta.

Para el estudio de los elementos de cierre de esta puerta disponemos, afortunadamente, de una imagen tomada en los años 1990, en la que las jambas se mantenían más o menos íntegras (Aranegui, ed., 2005, 25). En esta imagen se aprecia cómo en las dos jambas, en el lado rebajado del galce y a la misma altura aproximadamente, destacan dos oquedades de forma cuadrangular, una en cada jamba. Es significativo un orificio también cuadrangular, pero más pequeño y menos profundo, situado sólo en la jamba derecha, por encima de la primera oquedad que hemos comentado. Éstos son dos de los puntos de anclaje de los sistemas de seguridad de la puerta: los agujeros de la jamba derecha, junto al mismo galce, conforman los tres principales elementos para mantener seguro el interior, que debía corresponder al espacio que se extendía al S de dicha puerta, ya que todos estos sistemas así lo indican. El más determinante de todos ellos se corresponde con los huecos cuadrangulares practicados en ambas jambas simétricamente. En la jamba derecha (la de las cerraduras, opuesta al quicial), pese a las deformaciones que sufre, podemos ver que tienen una forma rectangular de 1,95 x 0,18 m, y una profundidad de alrededor de 0,45 m (fig. 10). El hueco de la otra jamba está perdido actualmente, pero en la fotografía de los años 1990 parece tener las mismas dimensiones y encontrarse a la misma altura aproximadamente (1,12 m del umbral). La existencia de estos dos agujeros paralelos, de



1.3. Fig. 10. Planta del umbral de la puerta de dos hojas con jambas de madera ubicada en el pasillo que discurre N-S, contiguo al salón triclinar central.

más de de 0,4 m de profundidad y situados en el interior de la puerta, apuntan claramente a la existencia de una tranca de madera que se colocaría para asegurar la puerta. Descartamos que se trate del alojamiento de la barra de seguridad de una cerradura con llave por el gran tamaño de los agujeros, por el hecho de que son dos y paralelos y porque a tan sólo 0,4 m por encima de esta oquedad, hay una mucho más pequeña que es más factible que estuviera destinada a una cerradura de llave.

Un claro paralelo para la tranca aparece en el molde de yeso que se realizó durante la excavación de la Casa del Efebo en Pompeya, donde la puerta principal está asegurada por dentro con una tranca horizontal que se inserta en ambas jambas de obra y evita que la puerta, que abre hacia adentro, sea forzada desde el exterior (Adam 1989, 323). Este tipo de tranclas que funcionan sin llave alguna, simplemente son colocadas insertando cada una de las puntas del madero en un orificio. Para poder sacarlo, el madero ha de tener recorrido, es decir, la longitud de la tranca ha de ser menor que la distancia total entre las dos oquedades. La activación de este siste-

ma de seguridad requiere que dentro de la estancia a proteger haya gente que ponga y quite la tranca. Esto implica que el ambiente al S de la puerta sea un lugar en el que, al menos temporalmente, moren personas. Desde dicho ambiente (que a la cota de la puerta está perdido) es desde donde se activaba la tranca de cierre. Otro elemento que lleva a pensar que el lado a asegurar es el meridional, es la oquedad que hay 0,4 m por encima del hueco de la tranca en la jamba derecha (fig 8). No tiene su equivalente en la jamba izquierda; por tanto, la interpretamos como el alojamiento de la barra de cierre de una cerradura que, seguramente, funcionaba con una llave que atravesaba la puerta y podía accionarse desde fuera. Este agujero indica el grosor de la puerta, de alrededor de 0,45 m, pues ésta es la distancia entre el galce y el lado más septentrional del orificio. En la antigüedad y prácticamente hasta la llegada de la industrialización, la gran mayoría de cerraduras van solapadas a la puerta y no embutidas (como las actuales). Así, el espacio entre la marca de la barra de la cerradura y el tope corresponde al espesor de la puerta.



1.3. Fig. 11. Detalle del umbral de la puerta con galce de piedra.

El tercer elemento a favor de la orientación de la puerta en cuestión es la situación del mismo galce de la jamba. El marco entero de la puerta, jambas y arco, fue realizado en piedra de los arrecifes de Larache. En puertas de otro tipo, las jambas suelen ser de madera o ni siquiera aparecer, pues con un pequeño tope labrado en la piedra del umbral suele ser suficiente; o en ocasiones la puerta se detiene en el punto en el que la barra de la cerradura se engancha en la obra.

En muchos ejemplos etnográficos, como en la arquitectura tradicional del interior valenciano, hay puertas de pajares que aún utilizan el sistema del quicio, la mayoría de puertas carecen de galce y menos de uno labrado en piedra. Por lo tanto, vemos con los ejemplos etnográficos y del propio yacimiento que tener un potente tope pétreo es un hecho singular y sin una estricta necesidad técnica. Posiblemente, si se colocó este tope en la puerta fue para mayor seguridad, o al menos para prevenir robos. Por lo tanto, el galce de piedra es uno de los más importantes elementos de protección que, al mismo tiempo, está marcando otra vez cuál es el interior y el exterior, concordando perfectamente con la ubicación de la cerradura y de la tranca.

Puertas de la planta superior

Si bien los muros de los sótanos reaprovechan muros más antiguos que sirven como cimientos, los muros de la parte superior son mayoritariamente de época augustea. En las puertas de estas estancias está más presente el influjo romano. Encontramos una solución a los vanos mucho más lujosa que en el sótano, pues, en consonan-

cia con la arquitectura, las puertas con batientes muestran evidencias de haber tenido jambas de madera que probablemente estuvieron talladas y pintadas.

Puerta de jambas rectas sin batientes

La mayor parte de los vanos no deben haber tenido batiente. Se tratan de estancias interiores, que no comunican con ningún pasillo. Algunas de las jambas muestran restos de enlucido. En ocasiones las jambas rectas se rematan con grandes bloques de piedra colocados verticalmente, bien escuadrados. La luz de estos vanos es de entre 0,90 y 1 m, más o menos de la misma anchura que las de los sótanos.

Cabe la posibilidad, tanto en el sótano como en la planta noble, de que algunas de estas puertas tuvieran un marco de madera que sujetara algún batiente o algún otro sistema de cierre pero no hemos encontrado, ni en los umbrales ni en las jambas, ningún orificio que dé pie para dicho marco.

Puerta de dos hojas con jambas de madera

En el mundo romano hay muy pocas puertas de un solo batiente (Daremberg, Saglio, Pottier 1919, 607). Mucho más frecuente es hacerlas *bifores*, con dos hojas; incluso en ocasiones, *quadriores* (Vit. IV, 6, 5): dos juegos de dos hojas que se colocarían en las casas más lujosas.

En Lixus encontramos muchos ejemplos de puertas *bifores* de cronología romana. Se trata de puertas de dos hojas con sistema pivotante con jambas de madera que se insertaban en el umbral por medio de unas espigas. Aunque es un tipo que se utiliza en numerosos puntos del yacimiento, en las Cámaras Montalbán y en sus anexos sólo encontramos un ejemplo: la puerta que comunica un área porticada de los anexos con el pasillo que discurre N-S, y que separa estas estructuras (Conclusiones fig. 24) del salón triclinar central.

A diferencia de las ciudades vesubianas, en Lixus no se conservan restos de madera *in situ*, de modo que la información principal sobre ésta y otras puertas la obtenemos de las jambas (*antae*) y especialmente, en este caso, del umbral (*limen*). A pesar de que está muy fragmentado, se ve que tiene un reborde o tope en el lado E, que marcaría la parte de afuera de la puerta y que es el tope contra el que cierran los batientes, elevado alrededor de 0,4 m respecto al resto del umbral, a ambos extremos alberga unos agujeros de forma pseudorectangular, de cerca de 0,3 m de long. x unos 0,10 m de anch. Estos orificios funcionan como las cajas del sistema de unión de maderas de caja y espiga, recibiendo la espiga de la jamba de madera (fig. 10). Suponemos que estas jambas también irían sujetas al dintel de madera y que tendrían



1.3. Fig. 12. Detalle del umbral de la puerta con galce de piedra.

el mismo grosor que el tope, con el que funcionarían solidariamente. Este tipo de umbral con inserciones para las jambas de madera es ampliamente utilizado en yacimientos africanos de cronología romana, como Tamuda, Tamsida, Volúbilis o el propio Lixus.

Inmediatamente detrás de estas inserciones, ya en el plano inferior, fuera del reborde, encontramos sendos orificios redondos, de entre 0,7 y 0,8 m de diám., de los cuales parten oblicuamente unos pequeños rebajes que, a modo de surcos, se dirigen al interior de la estancia, perdiéndose a los pocos cm. Se tratan de los agujeros que albergaban una chumacera metálica que recibía el pivote o quicio y que en latín se denominaba *armilla* (Ulrich 2007, 190). Los pequeños rebajes que parten de este orificio, al igual que en la puerta de jambas con galce de piedra y un solo batiente, tienen la función de facilitar la colocación de los batientes.

Las *armillae* eran tanto circulares como rectangulares. Ejemplos circulares encontramos en Volúbilis, donde en una casa del *cardo* máximo se halla una pieza de este tipo en bronce, ajustada al orificio de la piedra mediante plomo, que posiblemente se vertió en estado líquido. También en Lixus, en las estancias del Edificio Ciclópeo, encontramos un ejemplo de *armilla* circular, pero en este

caso de hierro (fig. 11). Muy cerca de esta puerta hay *armillae* rectangulares. Se trata de un umbral que conserva los orificios cuadrangulares, aunque las piezas metálicas ya hayan desaparecido. Sobre esta chumacera giraba el pivote que, en latín se denominaba *cardo* (Daremberg... cit., 920) y daba nombre al larguero de la puerta que lo llevaba (*scapus cardinalis*). Podía ser de madera, tallado en el mismo larguero, o ser algún pivote añadido de madera dura, como por ejemplo olmo que, según Teofrasto, es la mejor madera para hacer quicios (Daremberg...cit.). También podía ser metálico. El *Dictionnaire des Antiquités* presentan un ejemplar romano en bronce, conservado en el Louvre, que tiene forma de escuadra, a modo de cantonera, y pivote en su parte inferior. Otra forma de *cardo* la tenemos en algunos ejemplares en bronce hallados en Ayora y en la zona de Albacete. Tienen la forma de un disco que en su parte inferior lleva un pivote y en su parte posterior tres garras que irían sujetas al *scapus cardinalis* (Meseguer 1995, 322). Este tipo de pivote funciona con otra pieza similar pero cóncava que se colocaba en el umbral.

La puerta de dos batientes de los anexos llevaría un sistema similar a éste, ya que los huecos del umbral son redondos. Si suponemos que estaba construida a la usanza romana, cada uno de los batientes estaría formado por dos largueros (*scapi*) paralelos, unidos entre sí por tres traviesas (*impages*). Entre los espacios creados entre largueros y traviesas se colocaban dos tableros (*tympana*) (Ulrich 2007, 188), posiblemente moldurados. En la tradición romana (Ulrich cit., 190) habitualmente se colocaba la traviesa medial más alta que el centro de la puerta, de manera que el tablero inferior era aproximadamente el doble de largo que el superior. También se podía dar el caso de haber cuatro traviesas y tres tableros; pero en Lixus no tenemos ninguna evidencia que nos informe al respecto.

Sobre las hojas estaría el dintel, también en madera, que iría decorado a juego con las jambas y sobre el cual se colocaría una cornisa (*corona*), también de madera. Las hojas, al igual que el marco y la cornisa, también irían decoradas (Daremberg...cit., 754). Los batientes de las puertas *bifores* también disponían de anillas y tiradores que se colocaban en el tablero inferior y que servían tanto para llamar, si eran puertas de entrada a las casas, como para tirar. Estas puertas se aseguraban por dentro con fallebas que se acoplaban a orificios practicados en el dintel y en el umbral y, como se puede ver en muchos de los umbrales de Lixus (aunque no en el de la puerta en cuestión, ya que está muy fragmentado), cada hoja llevaba una falleba. Esto indica que las dos hojas lle-

vaban el canto recto, pues si hubieran llevado el canto con forma de galce, para que una cerrara con la otra, como las actuales puertas de calle de dos hojas, con fallebas en una sola hoja sería bastante. Es posible que la puerta en cuestión no tuviera cerradura (*sera*) ya que no daba al exterior. En el mundo romano era frecuente dejar las puertas abiertas o entreabiertas durante el día (Daremberg...cit., 606).

En cuanto a las proporciones, este tipo de puertas no guardan los principios clásicos y son mucho más altas que anchas (Daremberg...cit., 607). En muchas puertas se observa que las hojas tienen una altura de alrededor de seis veces su anchura (Ulrich cit., 191).

La puerta de dos batientes de los anexos tiene de quicial a quicial 1,51 m, lo que da una anchura aproximada de cada batiente de 0,75 m que, multiplicado por 6 da una altura de 4'5 m, lo que tal vez sea algo exagerado incluso en un edificio áulico. No obstante es una de las puertas interiores más grandes de todo el yacimiento, ya que de quicial a quicial la mayoría de los umbrales de puertas *bifores* de Lixus tienen entre 0,70 y 1,10 m, y ésta tiene 1,51 m. Si bien no podemos saber su altura, sólo por las medidas de su umbral ya vemos que este es un vano tratado especialmente, y que iría en consonancia con un área palacial de época romana.

Un buen ejemplo de puerta *bifores* lo tenemos en una pintura mural de la *oecus VI* la Villa de los Misterios en Pompeya (fig. 12).

Puertas de dos hojas con jambas de obra separadas.

En todo el complejo palacial sólo encontramos un ejemplar de este tipo de puerta. La puerta en cuestión se halla al E de la exedra del conjunto central, en el pasillo que en dirección E-O conecta esta zona con el cripto-pórtico. Se trata de una puerta *bifores* pero, a diferencia de muchos ejemplos, ni lleva pinto, ni las inserciones para las jambas, ni agujeros para fallebas. El umbral es liso y sólo tiene dos agujeros circulares. Llama la atención que estos agujeros destinados a las chumaceras no están pegados a las jambas de piedra, sino que distan de éstas entre 0,15 y 0,20 m. Es posible que esto se deba a la existencia de un marco de madera que rellenara este hueco y que en la actualidad ha desaparecido. Entre los dos agujeros existe una distancia de 0,77 m, por lo que cada batiente tendría una anchura aproximada de 0,38 m. Aunque dé la sensación de que son hojas bastante estrechas, esta medida es frecuente en las puertas de dos hojas de Lixus. También hay otros casos en el mismo yacimiento de umbrales sin agujero para falleba.

La madera de las puertas

En Lixus se han venido recogiendo carbones en las excavaciones desde el inicio del proyecto marroco-español. No obstante sólo tenemos muestras de dos zonas distintas del yacimiento y no hay restos antracológicos que sepamos con seguridad que pertenecieron a una puerta.

Ante el panorama de los taxones documentados hasta la fecha (Aranegui ed. 2005, 219), son pocas las especies susceptibles de producir madera de las características necesaria para fabricar puertas. Los que mejores características presentan para ello son el *Pinus pinea*, fácil de trabajar, bastante estable y resistente a la flexión, y consistente a la vez. Los troncos suelen ser bastante rectos, lo que facilita la extracción de tablas y tablones. El *Fraxinus sp.* también es una buena madera. Los árboles son de menor porte que los pinos piñoneros, pero la madera es muy flexible. El olivo, *Olea europaea*, también es una buena madera, pero la rentabilidad maderera de este árbol es más baja que las anteriores. La familia de los *quercus* (*ilex*, *suber* y *coccifera*) ofrecen una madera muy dura, pesada y resistente, pero difícil de trabajar. Esto hace que en la carpintería tradicional no se utilice para confeccionar puertas, aunque sí se emplea en remiendos, para sustituir las zonas más dañadas, como suelen ser los quicios inferiores.

Así pues, la especie más apta para la fabricación de puertas y otros elementos constructivos es el *Pinus pinea* o pino piñonero. No obstante, para la construcción de las puertas de época augustea no sólo se utilizarían las especies locales. El comercio de maderas es algo documentado ya desde época faraónica, en la que se traficaba con madera de cedro. Madera de ciprés pudo haber sido utilizada para fabricar puertas, pues su madera es muy resistente a la podredumbre (Ulrich cit., 249). No debemos olvidar la tuya (*Thuja articulata*) o *citrus* como se le conocía en época romana (Ulrich cit., 247). Esta cupresácea de agradable olor y vetas en forma de ojos de pájaro levantaba pasiones en la Antigüedad, hasta el punto de llegar a esquilmar bosques enteros para comerciar con su madera. Se utilizó principalmente para la fabricación de suntuosas mesas para banquetes y no tenemos noticia de que se usara para puertas. La mesa más grande que se fabricó fue para Ptolomeo de Mauritania; tenía forma redonda, con 1'3 m de diám. y 0,75 m de grosor (Plin. *Nat.* 13, 29).



1.4. Fig. 1. La zona de excavación en 2005, al S de las Cámaras Montalbán.

[1.4] LAS ÚLTIMAS CAMPAÑAS DE EXCAVACIONES*

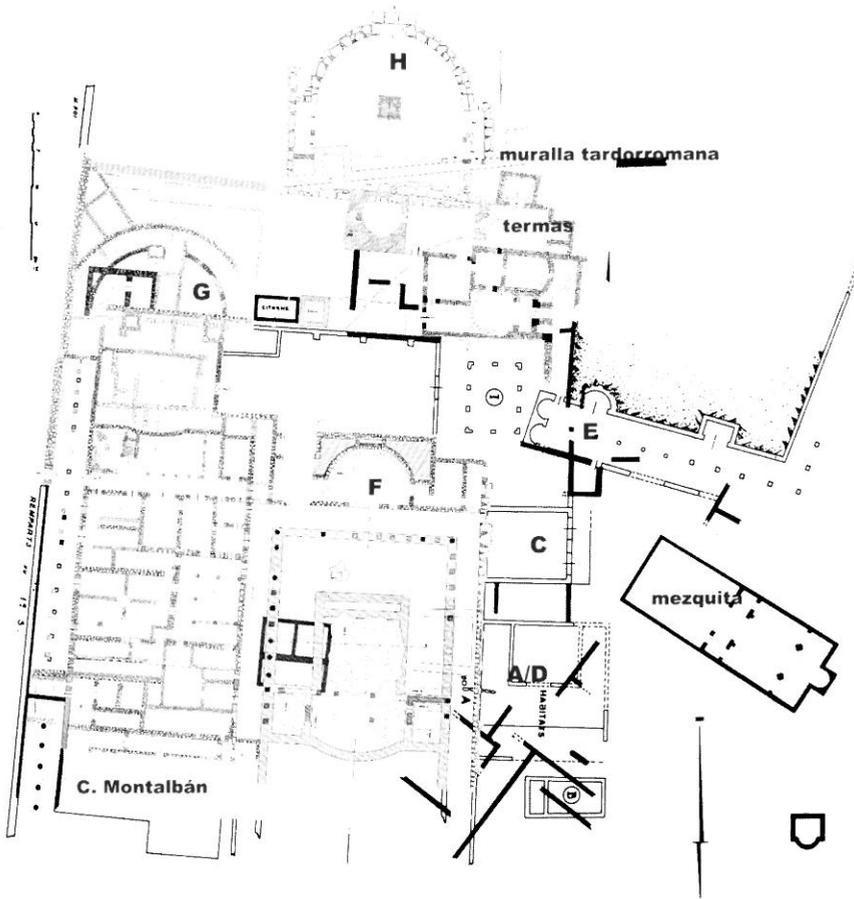
EL PROGRAMA 2005-2007 (C.A.G.)

Introducción

El lugar donde se han localizado las excavaciones objeto de esta publicación está inmediatamente al S de las Cámaras Montalbán (fig. 1), en un espacio sin construcciones de la Antigüedad visibles en nuestros días, en el borde occidental de la ladera S y en una zona donde la planimetría disponible en 2005 dejaba sin definir el límite constructivo del gran complejo monumental contiguo (fig. 2). Llama la atención el diferente estado de conservación de las Cámaras respecto al espacio ahora excavado, lo que podría ser debido bien a que las primeras hubieran estado integradas en una construcción de varias alturas que preservó su alzado, a modo de piso inferior de la misma, o bien al expolio de la piedra en épocas medievales o modernas, con la consiguiente pérdida de

una parte de la obra antigua, resultando más verosímil lo primero, en el supuesto de que Montalbán hubiera levantado los niveles superficiales, dejando a la vista los que llevan su nombre.

La nueva área en estudio tiene una extensión de unos 130 m² y una potencia estratigráfica máxima de 4,60 m. Ha sido excavada ateniéndose a un plan de tres años, a razón de un mes de trabajo de campo por año (2005, 2006 y 2007) al que hay que sumar el tiempo dedicado a clasificación, estudio, analítica, fotografía, dibujo e interpretación de los hallazgos, acometidos por un equipo multidisciplinar compuesto por una decena de investigadores. Se ha aplicado una metodología de lectura de la evolución histórica por unidades estratigráficas (UU.EE.), acompañándola de plantas y secciones, en las que las cerámicas, inventariadas siguiendo el criterio de número mínimo de individuos (NMI) ponderado por uno, aportan la datación fidedigna de las fases. Se han recogido regularmente muestras de niveles de uso de las estancias para obtener por tamizado con agua datos



1.4. Fig. 2. El complejo monumental según Ponsich (1981).

tanto del ecosistema (fauna y flora) como informaciones útiles para plantear la gestión de los recursos naturales y su evolución en el tiempo.

En 2006 se realizó complementariamente la limpieza de la estancia 17 (fig. 3) de las Cámaras por el interés que confiere a este espacio haber mostrado el hundimiento de un piso superior, como indicara Tarradell. Se trata de un ambiente originalmente unido al 16, de 5,30 m (E-O) x 3,45 m (N-S), subdividido en época tardorromana (UU.EE. 3001 y 3002), cuyo estado actual corresponde a las fases comprendidas entre Juba II y la reutilización del sector en el Bajo Imperio, si bien los estucos lisos y oscuros que revisten sus paredes y el suelo de *signinum* (U.E.3006) concuerdan con las reformas realizadas en las Cámaras hacia el cambio de Era. En 2006 se localizó en el derrumbe de la planta noble tanto un fragmento de cornisa en forma de gola egipcia (fig.

4) (Aranegui 2008, 41-50) como mosaicos de pequeñas teselas en blanco y negro (fig. 5). Los pequeños residuos de estuco mural que nos ha sido posible recoger, corresponden a paneles que imitan mármoles o piedras duras, en rojo y blanco (fig. 6). Un fragmento de pintura mural con la representación de un varón con el torso desnudo sobre fondo negro de la antigua colección del Museo de Larache, podría proceder de la planta superior de esta misma zona de las Cámaras Montalbán.

Todos los hallazgos arqueológicos han quedado depositados en una habitación situada bajo la techumbre del Conservatorio de Música de Larache (antigua Comandancia Militar del Protectorado Español), donde la exposición a la humedad y cambios de temperatura no proporcionan las mejores condiciones para su buena conservación, de lo que se ha informado a las autoridades competentes en las correspondientes memorias anuales.

Elementos constructivos de la Antigüedad (fig. 7).

La estratigrafía

El comienzo de la excavación dio lugar al descubrimiento de un potente muro (U.E.1001) orientado E-O (fig. 8) que aporta un hito fundamental para la comprensión del urbanismo de toda la zona monumental adyacente, porque traba con el límite N-S que cierra por el O dicho complejo y porque, a su vez, es el final meridional del mismo. A partir de esta evidencia, el trabajo de campo se ha orientado a resolver tanto la relación de estas estructuras perimetrales con las Cámaras Montalbán, como la secuencia evolutiva de la ocupación del sector desde época fenicia, siguiendo las indicaciones que se desprenden de los sondeos de Tarradell.

En efecto, se ha podido comprobar que las Cámaras ocupan la parte superior de la ladera S del Chumis, donde distintos muros de contención, trazados *grosso modo* en sentido transversal a la pendiente, siguiendo las curvas de nivel, definen un urbanismo en terrazas, desconocido hasta el momento, que, implantado por primera vez en la ciudad fenicia, se va renovando en la ciudad mauritana y, finalmente, en la de Juba II (25 a.C.-23 d.C.) a la que pertenece el mencionado muro U.E.1001 en su primera fase constructiva (U.E.1065), siendo el más reciente de una serie de importantes acondicionamientos topográficos que otorgan al sector la categoría de área pública.

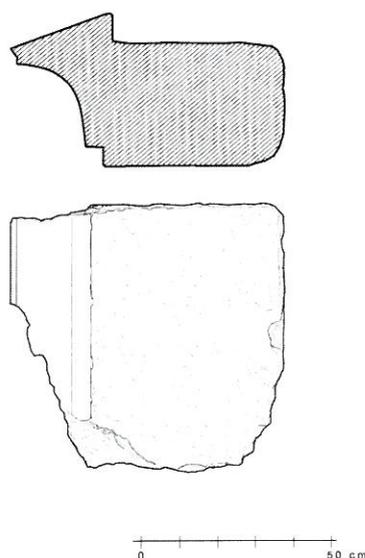
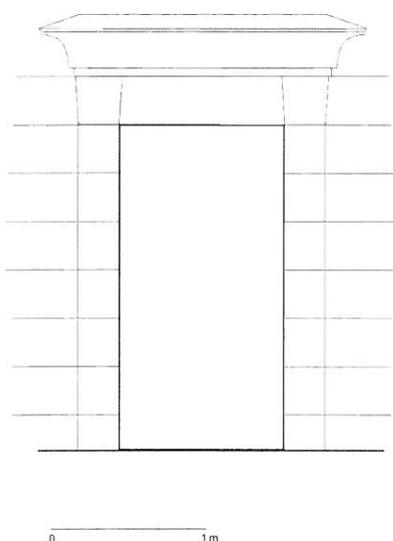
Considerada la zona monumental en su conjunto, se advierten otras alineaciones constructivas E-O que pueden



1.4. Fig. 3. N. Tarradell en la limpieza de la estancia 17 de las Cámaras.

ser muros de aterrazamiento. El lienzo que cierra por el N las estancias 1, 2, 3 y 9 de las Cámaras (1. 3. fig. 9), parece estar en ese caso, así como también el muro que queda al N de la exedra G, parcialmente enmascarado por la muralla tardía (Akerraz 1992, 379-385). Nos encontramos, por tanto, ante un urbanismo en terrazas en el que nuestro sector de intervención pertenece a la inferior. Este planteamiento condiciona la lectura de la secuencia estratigráfica.

En la excavación, repetidas zanjas o trincheras cortan niveles preexistentes para asentar las primeras hiladas de los muros de contención identificados en nuestra zona de trabajo. Ello elimina una parte de la estratigrafía vertical, a la vez que exige distinguir minuciosamente la interrelación de todos los paquetes estratigráficos.



1.4. Fig. 4. Fragmento de gola egipcia (dib. R. Mar).



1.4. Fig. 5. Fragmento de mosaico con tessellae en blanco y negro.

Con frecuencia hemos descubierto pavimentos de losas rotos por una reconstrucción del sector (fig. 10) así como cambios de cota de circulación en el conjunto, o bien muros que se modifican en un momento dado, a juzgar por los materiales o aparejos que muestran, de modo que a la complejidad estratigráfica vertical indicada hay que sumar una necesaria consideración de la estratigrafía horizontal deducible de la combinación de técnicas edilicias.

Teniendo en cuenta todos estos factores, estamos en disposición de establecer una estratigrafía más minuciosa que la aportada en nuestros trabajos anteriores. En el estado actual de nuestras investigaciones, Lixus presenta la periodización siguiente:

Época fenicia 1	s. VIII a.C.
Época fenicia 2	ss. VII a.C.-VI a.C.
Época púnica 1	ss. V a.C.-IV a.C.
Época púnica 2	s. III a.C.
Época mauritana Antigua	200/175 a.C.-130 a.C.
Época Mauritana Media	130 a.C.-20 a.C.
Época Mauritana Reciente	20 a.C.-40 d.C.
Época tingitana	43 d.C.-286 d.C.
Época tardorromana	ss. IV d.C.-VI d.C.
Época almorávide	ss. XI-XII
Época almohade	s. XII-XIII
Época meriní	ss. XIII-XV

Las líneas generales de la planta arquitectónica.

Puesto que hemos excavado restos constructivos que están en la base de un reducido sector del área monumental, y dado que la cronología de la misma es muy amplia, nuestras conclusiones sobre la planta y función de los edificios implicados adolecen de una precariedad



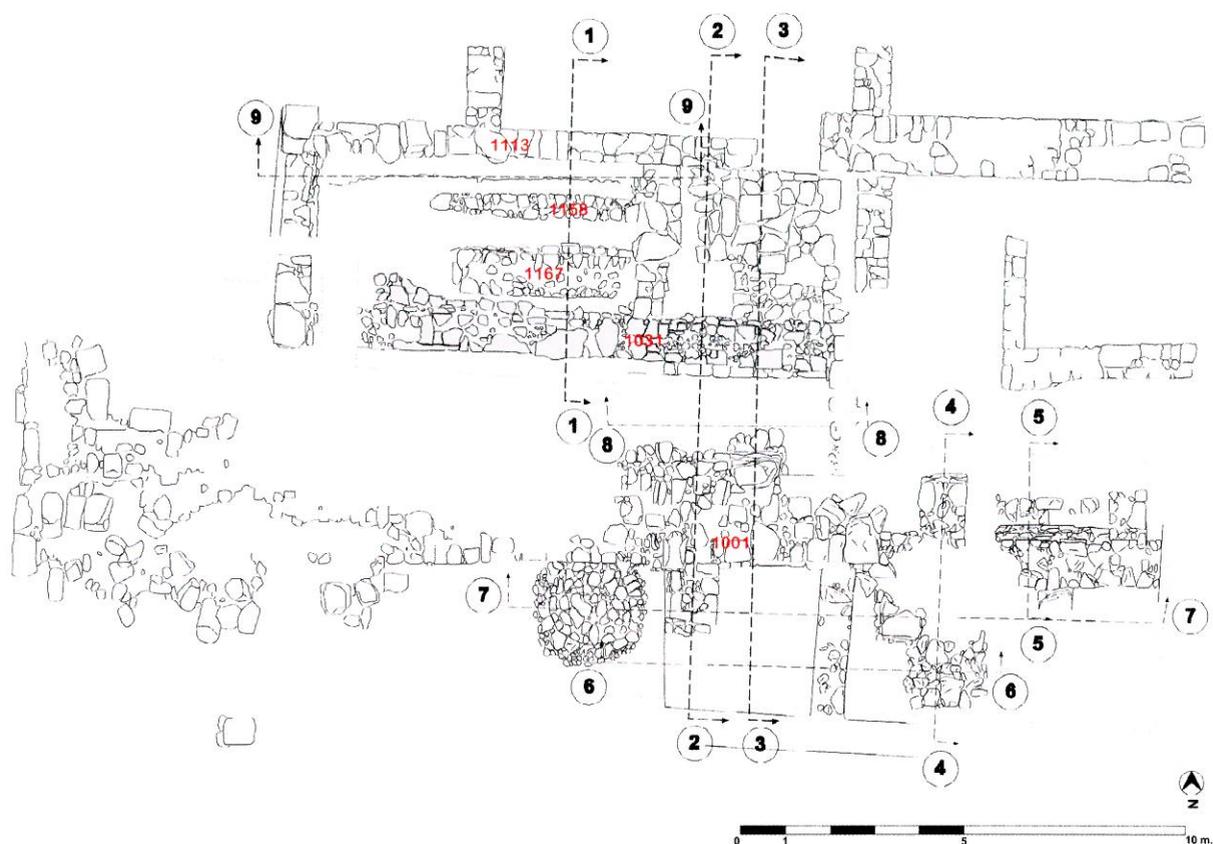
1.4. Fig. 6. Pequeños restos de estucos murales con decoración que imita el mármol llamado lumaquella.

de datos que aumenta en relación directa a la antigüedad de cada una de las fases constructivas: la etapa inicial de la ocupación cuenta con menor número de evidencias que las de épocas púnica o mauritana que se le superponen y, sin duda, el proyecto datado en tiempos de Juba II es el que está mejor documentado arqueológicamente.

A pesar de estas limitaciones, la urbanización escalonada imprime una cierta jerarquía al espacio construido, cuyo flanco occidental (Aranegui, Mar 2008, 425-439) presenta una planta arquitectónica de naves longitudinales con puertas contiguas alternando con pasillos a cielo abierto, que corresponde a una tipología de edificios de almacenaje (Aubert 1995, 47-65; Escacena *et al.* 2007, fig. 8; Netzer 2001, 131-171), probablemente operativos desde el primer momento. A partir de época púnica, algunos de los sectores de estos almacenes están pavimentados con resistentes losas de piedra, pese a lo cual el uso cotidiano hizo necesarios reparaciones y refuerzos, como se desprende de las superposiciones observadas. Otros suelos son de tierra apisonada, a veces reforzados con fragmentos de ánfora, y sólo en la fase más reciente (20 a.C. -10 d.C.) aparecen tanto pavimentos de *signinum* como revestimientos murales de estuco.

Las estancias de almacenaje son accesibles desde el exterior de la ciudad a través de un camino ancho que sube desde el puerto pesquero habilitado sobre una visera rocosa de la vertiente occidental de la colina (Aranegui 2007, 369-382), a lo largo del que se desarrolla la necrópolis occidental (Tarradell 1950, 250-256).

Aunque no está excavada en extensión más que nuestra zona de estudio, inferimos que la batería de almacenes pudo ir ampliándose hasta cubrir todo el flanco occidental (fig. 9), atendiendo a razones topográficas



1.4. Fig. 7. Planta general de las excavaciones 2005-2007.

y a la identificación de muros en excavaciones antiguas (Ponsich 1981, 'K', 'L', debajo del edificio 'G'), en sus niveles profundos, similares a los de las Cámaras. De aceptarse esta propuesta, estaríamos ante un espacio de



1.4. Fig. 8. Muro 1001-1065 en segundo plano.

aproximadamente 80 m N-S x 20 m E-O, de necesario carácter público por su capacidad y por su ubicación.

El gran replanteamiento funcional y urbanístico que afectó a estos almacenes tuvo lugar cuando la fachada occidental del complejo pasó a estar recorrida por un criptopórtico con columnata central y dos alturas, al menos en su tramo meridional. Este elemento unificó todo el conjunto monumental a la vez que abrió su planta noble al bello panorama de la laguna del Lucus (fig. 11). La identificación del muro con contrafuertes U.E.1001-1065 como límite de esta solución arquitectónica sitúa su datación en época de Juba II, cuando los antiguos almacenes quedan en el semisótano de la edificación y, probablemente, dejan de tener acceso directo desde el exterior.

Puesto que los criptopórticos (Gros 1996) en el Extremo Occidente se inscriben en dataciones tardo-republicanas o augusteas (Empúries) y son poco numerosos, no se debe descartar, como otro caso tal vez de la



1.4. Fig. 9. El flanco occidental con la batería de almacenes.

misma cronología que el que nos ocupa y con antecedentes púnicos, el edificio de Sexi (Almuñécar) conocido con el nombre de Cueva de los Siete Palacios que ciñe

una colina con edificios monumentales (Molina *et al.* 1983, 251-269, fig. 7) a pesar de que algunos autores lo interpretaron como un gran depósito de agua.



1.4. Fig. 10. Pavimento cortado para construir una trinchera de cimentación



1.4. Fig. 11. El criptórtico occidental y el panorama del Lucus.



1.4. Fig. 12. Zone fouillée en 2005.

LES FOUILLES MAROCO-ESPAGNOLES DANS LA "MAISON MONTALBAN" (H.H.)

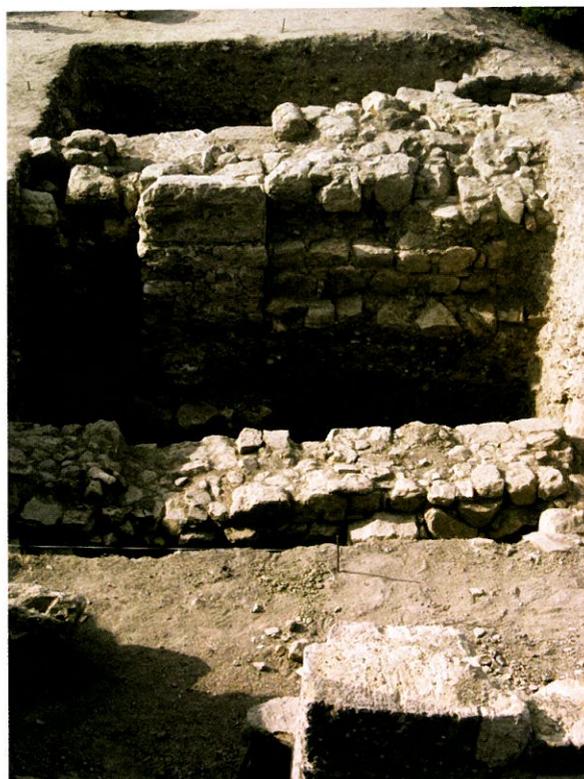
Le dépouillement des archives de M. Tarradell tenus par sa fille Nuria Tarradell ont permis de découvrir une documentation inédite qui concerne la fouille effectuée par l'archéologue espagnol en 1958 dans la maison dite «Casa ou Cámaras Montalban». Ce secteur dégagé par Montalban avait suscité l'intérêt de M. Tarradell qui y avait implanté quatre sondages qui ont permis de mettre à jour des niveaux et du matériel archéologique très importants de l'époque phénicienne, punique et maurétanienne (Aranegui, Hassini, Tarradell s.p.).

Afin de compléter nos informations sur l'occupation de la colline de Choummich, et de tenter de cerner l'extension et l'importance humaine à travers les périodes historiques notamment aux époques phéni-

ciennes, puniques et maurétaniennes, nous avons décidé d'ouvrir un nouveau sondage au sud de la "Maison Montalban", située au sud-ouest du fameux "quartier des temples", le secteur archéologique de Lixus qui renferme à lui seul les restes de toutes les civilisations qui se sont succédés sur la colline.

Au sud de la maison, un sondage de 5 m sur 10 m a été ouvert (fig. 12). Après le dégagement de la couche superficielle 1000, un mur 1001 est apparu, de direction est-ouest, il divise la surface du sondage en deux parties distinctes.

Dès le début de la fouille, une structure très importante est apparue, il s'agit d'un mur de direction est-ouest, il fait angle droit avec le mur d'enceinte occidentale qui longe le quartier dit des temples. C'est un mur très épais qui a probablement joué le rôle d'enceinte, il se prolonge du côté ouest pour arriver à la limite de la surface plane du sommet de la colline, il fait avec le mur



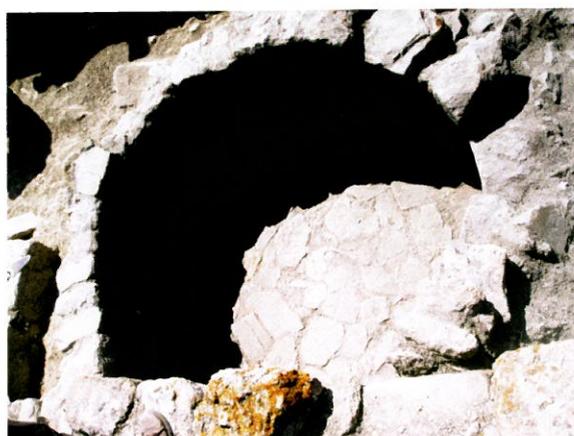
1.4. Fig. 13. Contrefort nord du mur 1001-1065.

d'enceinte occidentale qui longe le quartier dit des temples un angle droit. Mais c'est une structure qui a connu plusieurs phases; la première est constituée d'un élément qui a la forme d'un pilastre entièrement enduit à la chaux (fig. 13), c'est la partie la plus profonde de ce mur, la seconde phase amène structure, avec un talon de fondation mais qui n'arrive pas à la profondeur de la première structure.

Après un remblai de terre qui s'est déposé sur ce premier mur, un second mur fut construit en employant des éléments de remploi comme des fûts de colonnes, ce second mur fut élevé au niveau du pilastre enduit à la chaux.

Au sud du mur 1001

Au sud de ce dernier mur, est apparue une forme presque circulaire 1002 complètement adossée à celui-ci. Le fond de cette structure est dallé avec des pierres plates (fig. 14). La fonction de cette forme reste indéterminée, mais son allure générale fait penser à un silo. Quant à sa chronologie, il est impossible de la connaître puisque la



1.4. Fig. 14. Structure remplie par des céramiques médiévales.

structure a été conservée, mais la fouille à l'intérieur 1003 a permis de trouver un matériel céramique exclusivement d'époque médiévale.

A la limite sud et est du sondage deux autres murs liés et faisant angle ont été mis au jour, le mur oriental semble plus ancien que le mur 1001, puisqu'il fut partiellement détruit lors de la construction du mur épais. L'espace compris entre ces trois murs et le contrefort a été comblé par un épais remblai composé de pierres, de céramique et parois d'amphores et surtout de gros morceaux de mortier de tuileau, ainsi qu'une grande quantité de scories de métal (bronze ou cuivre), et de la brique crue brûlée. Ce remblai couvre le four métallurgique 1076, construit avec de la brique crue de grandes tailles. Cette structure de four s'est appuyée au mur 1047 qui semble plus ancien. Sous le mur 1001 et la couche de cendre liée au four, une autre couche couvrant directement le sol vierge, contient une grande quantité de pierres blanches (marbre ?) et de la céramique concassée qu'on utilise habituellement dans le mortier de tuileau, mais qui ne contient pas de chaux. D'après les données de la fouille, on pourrait penser, à titre d'hypothèse, à un atelier lié aux travaux de construction, probablement de certains édifices du quartier dit des temples, et notamment l'édifice F et ses annexes.

Au nord du mur 1001

La partie nord du sondage était très riche et plus importante en données archéologiques. La fouille a livré deux dallages superposés, le premier (1009) lié au mur 1015, et le second (1026) au mur 1025. Ces deux dallages ont été faits avec de grosses pierres plates. Le



1.4. Fig. 15. U.E. 1047.

mur 1031 de direction est-ouest correspond au second dallage, ce dernier est construit sur un autre mur plus ancien (1053) et plus épais et qui semble lié au sol de terre battue daté de l'époque phénicienne. En effet, ce dernier sol peut être daté du milieu du VI^{ème} s. av. J.-C., grâce à la céramique à engobe rouge phénicienne et la céramique peinte caractéristiques de cette période.

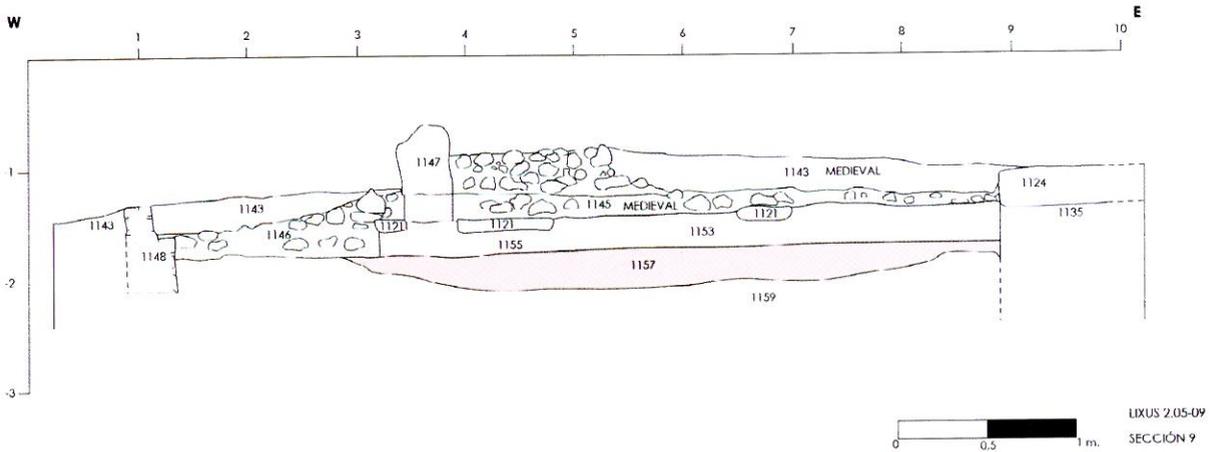
Les murs 1015, 1008, 1031 et le dallage 1009, semblent être volontairement détruit sur une ligne de direction est-ouest à une époque indéterminée, mais qui a pris la forme d'une énorme tranchée de fondation qui correspondrait à l'époque de la construction du mur 1001. Entre le mur 1031 et le mur 1001, la continuité de la fouille a permis de mettre en évidence une couche contenant exclusivement du matériel phénicien daté du VI^{ème} s. av. J.-C., et qui couvre directement le sol vierge, aucune structure n'a été retrouvée.

A l'est du secteur fouillé, au pied du mur 1115, dans la zone fouillée en 2006, on reprend la fouille dans le but de vérifier les relations des murs existants et pour essayer de les dater. Les murs 1061 et 1171 faisant

angle, ce dernier est venu s'appuyer contre le mur 1047, l'angle des deux murs 1061 et 1171 passe sous le mur 1031. La couche 1170 localisée entre les trois murs 1061, 1171 et 1047 (fig. 15) est phénicienne, elle s'appuie sur ces trois murs jusqu'au niveau des talons de fondation. D'autre part, le mur 1147 de direction nord-sud s'appuie contre le mur 1031, mais il est lié à la phase la plus ancienne du mur 1113. Alors que le mur 1158 orienté est-ouest passe sous le mur 1147.

L'extension à l'est

Cette extension a été décidée pour chercher le prolongement du mur 1001, et pour tenter de trouver la face est du mur 1047, et enfin pour essayer d'identifier la fonction de ces structures. Effectivement, la fouille a permis de découvrir le mur, ainsi que deux contreforts, un autre pilier appuyé à la face nord de ce mur et un autre mur de direction nord-sud lié au mur 1001. Cependant, le mur, une partie d'un contrefort et d'autres structures ont été détruits lors de l'implantation d'une fosse qui contient du matériel d'époque médiévale.



1.4. Fig. 16. Section 9.

Cette fosse islamique a également détruit, au sud du mur 1001, une partie d'un dallage 1110 fait avec de grosses pierres plates. Ce dallage couvre deux couches, la première : 1126 a livré du matériel phénicien du VI^{ème} s. av. J.-C., la seconde, très compacte et noire, contient exclusivement de la céramique modelée et du matériel lithique (éclats et rognons de silex), et qui est en relation directe avec le sol vierge. Cette seconde couche 1127 pose un problème quant à son interprétation étant donné qu'elle n'a livré qu'un fragment de céramique tournée, phénicienne en l'occurrence. Sommes-nous en présence d'un niveau pré-phénicien attesté archéologiquement pour la première fois à Lixus?

Sondage 2000 à l'est (fig. 16)

Afin de chercher la continuité du mur 1001 vers l'est, nous avons effectué un autre petit sondage au niveau du prolongement de la galerie occidentale du

péristyle de l'édifice F pour trouver le retour de ce mur. La fouille a permis, effectivement, de retrouver le mur, mais qui semble continuer beaucoup plus loin vers l'est. Le nettoyage d'un ancien sondage implanté à l'extrémité sud de la galerie orientale du péristyle de l'édifice F, a permis de retrouver le retour de notre mur 1001. Ce qui laisse supposer que ce mur 1001 serait la limite sud d'un ensemble architectural composé de l'édifice F, des deux galeries de direction nord-sud et des annexes de l'édifice F.

Extension à l'ouest

Une nouvelle extension à l'ouest du sondage effectué en 2005 et 2006 a été décidée pour essayer de retrouver la continuité vers l'ouest du mur 1031 et des dallages superposés mis en évidence précédemment. Cette nouvelle extension a été effectuée en contact avec le mur 1113, mur méridional de la maison dite de Montalban.



1.4. Fig. 17. U.E. 1147.

C'est un mur qui d'après la technique constructive et les résultats des fouilles a connu deux phases, la plus récente se caractérise par l'ouverture de la porte (fig.) et l'implantation d'un égout.

La première couche superficielle 1143 couvre les couches 1144 et 1145 et le mur 1124 parallèle au mur 1113. Les deux couches 1143 et 1144 contiennent du matériel hétérogène sans valeur chronologique, elles ne sont d'ailleurs liées à aucune structure. Alors que la couche 1145 se trouvant entre les deux murs 1124 et 1113 de direction est-ouest est liée à un égout 1122 qui sort du mur 1113 dans sa phase récente. Cette couche 1145 a livré de la céramique sigillée italique et des amphores de type Haltern 70, Dr. 7-11 et Sala 1, ce qui nous permet de dater cette couche du dernier tiers du I^{er} s. av. J.-C. ou le début du siècle suivant.

Sous la couche 1144, une fine couche de cendres 1116, couvre directement le dallage 1009/1121 qui s'appuie contre le mur 1124 et semble coupée par la couche 1151 (datée de la seconde moitié du I^{er} s. ap. J.-C.). Sous ce dallage 1009/1121, une couche 1154 a livré du matériel daté du milieu du I^{er} s. av. J.-C.

Cette couche 1145 couvre un autre dallage partiellement conservé 1155 et une couche 1153. Cette dernière couche a livré un abondant matériel archéologique composé d'amphores de type Pellicer D, T-4.1.1.1, T-8.1.1.2, Gréco-italique, Maña D (carthaginoise), et de la céramique Camapnienne A, qui peut suggérer à priori une datation du II^{ème} s. av. J.-C.

Le dallage 1155 couvre quant à lui une couche assez épaisse 1156 qui s'appuie contre les murs 1031 et 1158

et qui renferme un important matériel composé de céramique attique (9 fragments) qu'on peut dater du V^{ème}-IV^{ème} s. av. J.-C. La couche 1163 couverte par 1156, coupée par le mur 1031, et passant sous le mur 1158 peut être datée du VI^{ème} s. av. J.-C.

Couverte par 1163, coupée par le mur 1031, la couche 1165 est plus ancienne, elle contient des amphores de type Rachgoun 1, de la céramique à engobe rouge phénicien et surtout de la céramique modelée et remontent au VII^{ème} s. av. J.-C. Au-dessous, se trouvent les couches 1166 et 1168. Cette dernière s'appuie contre le mur phénicien 1167 et contient du matériel archéologique du VIII^{ème} s. av. J.-C. et se trouve en contact direct avec la couche vierge 1169.

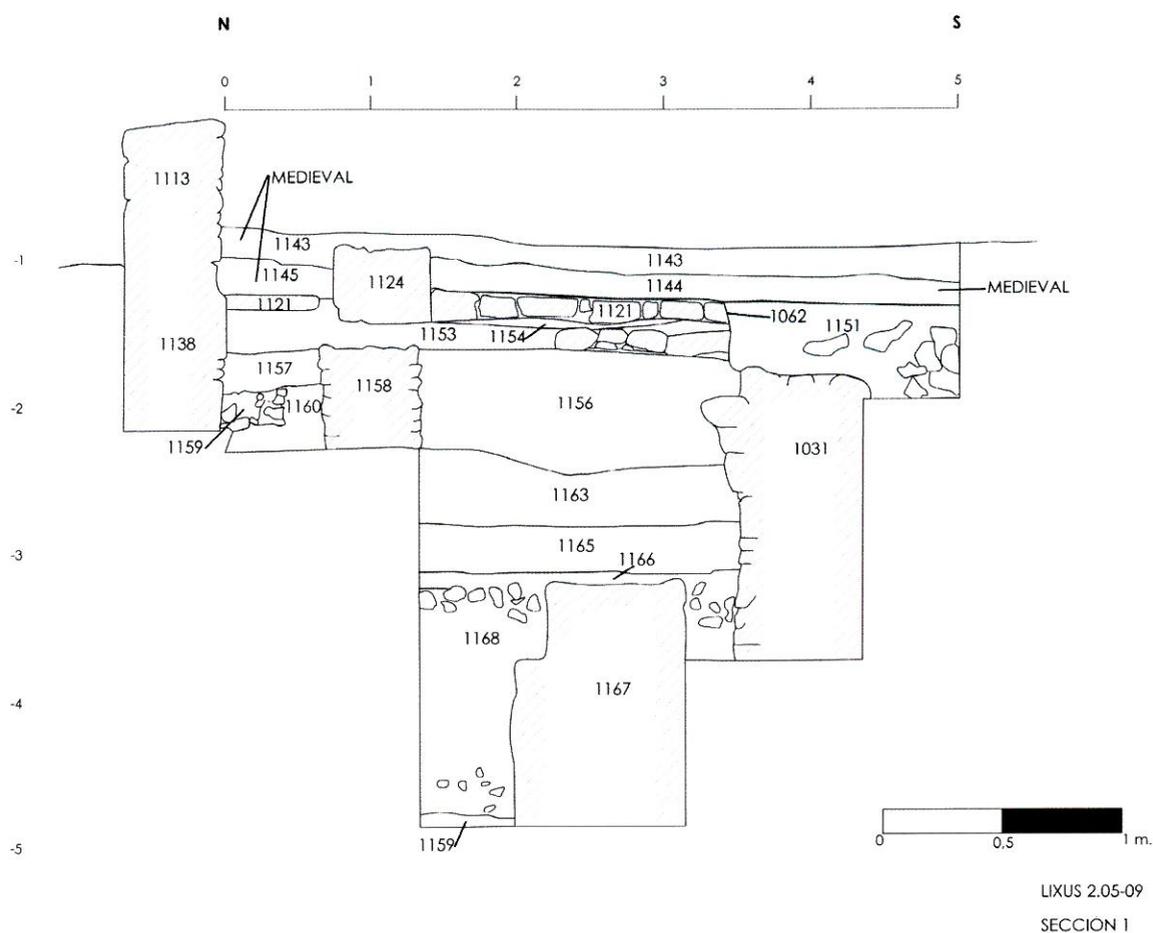
Une petite extension (2m x 2m) a été décidée à l'ouest pour tenter de mettre en évidence le mur 1147 qui apparaît au ras du sol. Ce mur 1147 (fig. 17 de direction nord-sud est lié au mur 1113 dans sa phase récente. Après cette vérification, il a fallu ouvrir un autre petit sondage à l'ouest pour trouver les prolongements des murs 1147 et 1031. En effet, la fouille a permis de retrouver ces deux murs qui font angle, 1147 est venu s'appuyer contre le mur 1031 pour former un angle droit, 1031 ne semble pas continuer au-delà.

Bilan des campagnes 2005-2007 (fig. 18)

Les fouilles entreprises ont permis d'établir la stratigraphie de tout le secteur, et de mettre en évidence l'existence de :

- structures et niveaux d'époque phénicienne datés entre le VIII^{ème} et le VI^{ème} s. av. J.-C.
- niveaux et murs d'époque punico-maurétanienne datés du V^{ème}-IV^{ème} s. av. J.-C. avec un important lot de céramique attique. C'est la première fois qu'un tel niveau clairement identifié est attesté dans un site marocain.
- un niveau daté du III^{ème}-II^{ème} s. av. J.-C. avec murs et dallage.
- du matériel archéologique attesté pour la première fois dans un site marocain, tel qu'un fragment de bord et anse d'une amphore pseudo-rhodienne portant un timbre en grec sur l'anse, ainsi qu'une petite statuette représentant un éléphant accroupi gravé dans du basalte et portant au niveau de la trempe un petit trou de suspension ; et enfin une petite tête sculptée en ivoire qui porte un petit trou de suspension.

Signalons à la fin qu'en raison de l'exiguïté de la zone fouillée, il a été malaisé de déterminer la fonction des structures (murs et dallages) mises à jour. Ces dallages



1.4. Fig. 18. Section 1 du secteur fouillé.

peuvent appartenir soit à des cours de demeures (exemple de la cour dallée trouvée dans l'extension du sondage du Caroubier), soit à des rues ou espaces publics.

La situation topographique du secteur fouillé, se trouvant à la limite sud-ouest du plateau du quartier dit des temples, a nécessité la construction d'ouvrages tels que les gros murs 1001 avec ses contreforts, et les murs 1031 et 1067 tous de direction est-ouest qui constituent des limites urbaines ou des composantes d'un véritable complexe architectural comme c'est le cas du mur 1001. Ce problème topographique a obligé les constructeurs à s'adapter avec le terrain ; certains murs comme le mur 1001 ou 1047 possèdent des talons de fondations plus profonds d'un côté plus que l'autre, les niveaux d'occupations respectifs n'étant pas au même niveau même s'ils appartiennent à la même période.

La fouille entreprise dans ce secteur, a permis de compléter nos informations sur l'occupation du site de Lixus depuis l'époque phénicienne jusqu'à l'époque médiévale; et surtout d'évaluer l'importance de la présence phénicienne et son extension sur la colline de Choummich.